

# EL INICIADOR.

PERIODICO DE TODO Y PARA TODOS.

" Bisogna riparsi in via."  
" Es necesario ponernos en camino."  
(DEL ITALIANO.)

NUM. 9. MONTEVIDEO, AGOSTO 15 DE 1838. TOMO 1.

## PORVENIR.

No ha muchos años que un hombre del sig'o XIX, en su última agonía, dirigió estas palabras, á los jóvenes que rodeaban su lecho de muerte. "El porvenir es vuestro." Este hombre nacido en uno de los mas elevados puestos de las sociedades europeas, grande por sus talentos, poderoso por sus riquezas, murió pobre, abandonado de todos, y despreciado. Sus discípulos aceptaron tan Augusta profecía, y á la manera de los apóstoles de la cristiandad, hoy predicán la igualdad, la mejora, la perfectibilidad humana.—Tambien hasta nosotros, niños aun, ha llegado la profecía de San Simon, y podemos decir con sus discípulos, *el porvenir es nuestro.*

Cuando en las bellas ilusiones de que tan llena está nuestra alma de veinte años, cuando en aquellos santos momentos en que todo el corazón se incendia por el amor de la Pátria, y de la humanidad, dirigimos una mirada melancólica hácia el pasado, de ese espectáculo de muerte, se alza una voz sonora que nos dice, tambien, *el porvenir es vuestro.*—Vuestros padres, fueron grandes, pero la misión de vuestros padres fué cruel: la fuerza se puso en lucha con la fuerza, la cadena de los siglos y de la tiranía fué destrozada, pero la destrucción no construye, y á vosotros hijos de los que destruyeron os toca levantar el templo conquistado en Ayacucho, Junin, Huzaingó."

Desgraciado el que no escucha la voz paterna, y sobre la sepultura del héroe deja crecer la maleza: desgraciado el que en medio de las ruinas de la patria, se sienta á contemplarlas, y á la manera del incensato, llora, gime, y no emplea un brazo reparador, que enerva con sus lágrimas. Si, desgraciado mil voces.

La Providencia tenia señalado un día, único, magnífico, sin tipo para el mundo americano.—Un mundo entero se despierta, y muestra su rostro jóven y bello á la faz de las viejas sociedades de la tierra; hoy libre dice, y la

humanidad lo contempla gozosa, entre sus dignos hijos. Una escala inmensa salvada de un solo paso: un porvenir inmenso alcanzado en un día, ved hay la obra de nuestros gigantes; gloria á los esforzados! Honor eterno á los que nos dieron un destino!!!

Pero ay! que una fatalidad arrastra al hombre como á los pueblos mas grandes de la tierra. Un paso aislado en la vida sepulcral de nuestra patria, un pensamiento atrevido, cuando el simple ejercicio de la inteligencia era un crimen, nos alzó hasta la gloria, y allá en su cima nos olvidamos que el precipicio quedaba abierto. Nos creimos libres y seguros porque nos habíamos elevado; á la manera del águila que gozosa se remonta con su presa, sin que su ojo penetrante descubra al que espía el momento de derribarla. Y nosotros caímos en la aurora de la vida; cuando los cantos de victoria resonaban en nuestros pechos palpitantes de dicha, cuando saludábamos el Sol que iluminaba nuestras primeras asambleas nacionales, cuando aun el juramento de amor y fraternidad no habia sido pronunciado. Bella es sin duda la juventud de los pueblos; sagrados sus extravíos, y perdonables sus errores: sin ese Código, que las viejas sociedades humanas han comprado tan caro, sin esa experiencia que tanto se invoca, como poco se conoce, fuertes y generosos marchamos á nuestra ruina, despreciamos los peligros, sumiéndonos hora á hora en las tinieblas de la nada. ¿Qué se hicieron las grandes esperanzas? ¿Cuál es el porvenir porque pelearon nuestros padres? ¿Qué se hicieron aquellos dulces cantos de nuestros bardos que celebraban al héroe que caía en la batalla? Oh! el oído del infante que juguetea en la cuna, ya no escucha del amoroso lábio maternal, aquel vehemente canto de entusiasmo que tambien sabian modular nuestras madres. Ya no rebosa en nuestras sociedades populares, aquel aire de amor y vehemencia por la patria; ya nuestros pingües campos no se cultivan por los brazos vigorosos del hombre libre, ya nuestro espíritu no

se incendia al nombre de libertad, de patria, de gloria, ay ay! mil veces; la tempestad ha pasado por nuestro bello suelo y esterilizado la cosecha. ¿Y así parecen las glorias de los pueblos? Así se marchitan las esperanzas de todo un mundo?

No que la discordia sólo esta en la superficie y el designio de Dios es inmutable. Niños é inespertos nos lanzamos á un mar de tempestades, sin otros elementos que el valor; esforzados, como la juventud, quisimos juretear con enemigos mas fuertes que las lanzas; hombres de ardor y de batallas, nos dimos el título de legisladores y políticos, cuando aun no habíamos saludado la carilla de la *difícil ciencia*. Engañados una vez, adoptamos por principio lo que no era sino error; y así de engaño en engaño, recorrimos la escala toda entera de los extravíos humanos. No me acuseis, por Dios, de ingratitude; yo venero los santos nombres de los que me dieron patria, yo les alzaria templos á su memoria; pero la patria hoy hoy sus extravíos inocentes, y el hombre que tiene una gota de sangre en el corazón, debe cambiar la dulce tarea de enseñar por la odiosa de delator. Yo lo seré; es una mancha que coloco en mi frente con el orgullo del guerrero que muestra las cicatrices de su pecho.

Preguntad á nuestros padres que hicieron por ese pueblo á quien dieron el pomposo nombre de soberano? ¿Qué hicieron por esa industria que proclamaron libre? ¿Qué hicieron por la libertad del pensamiento? De ese primer don de Dios, que no se empaña sin crimen. ¿Qué hicieron? volver las lanzas empapadas aun en sangre enemiga á retenerlas en sangre de hermanos; abandonar la parte fuerte de la nacion en el ocio y la brutalidad; fomentar los rebaños de hombres salvajes, sin sospechar siquiera, que la inteligencia es la gracia divina para la verdadera libertad; que se cometía un perjurio contra el pacto sagrado de nuestra existencia, abandonando en la ignorancia la clase mas numerosa de nuestra familia; que se preparaban los verdugos de la civilizaci6n americana. Ah! y nos quejamos aun de que el mal nos viene de los pueblos, error funesto. ¿Qué esperais de los hombres por quienes nada hemos hecho todavia? ¿Qué esperais de hombres ilusos y engañados? Errores, errores y nada mas que errores.

Republicanos en el nombre, guardamos la aristocracia en el pecho: hombres de grandes formas y de corazones pequeños, arruinamos por meras cuestiones de palabra el altar que principiaba; sin creencias, sin ideas, recurrimos á los productos ajenos y aun infantes quisimos ves-

tir como los hombres: apenas iniciados en los misterios de la vida, quisimos traspasar los siglos; ni discípulos todavia nos propusimos marchar en linea paralela con los maestros. Y de tanto extravío, de tanta extravagancia, ¿cuales son los resultados?

Que os lo digan los Pueblos, los vastos campos regados con nuestra sangre, la industria encadenada, con mas impuestos que la infeliz Italia, la libertad de pensar proscrip-ta como si fuera un crimen; en fin que os lo diga la caduca é infantil civilizaci6n de nuestra sociedad.

Así, la Providencia que un dia nos condujo de la mano por el inefable sendero de la gloria, parece que fatigada nos abandona en la miseria: fuertes y magnánimos un dia, no nos avergonzamos de vivir hoy en este lodo que nos ahoga. ¿Y para que nos dió el Cielo tan bella tierra, tanta riqueza, tanta vida? Insensatos, perdemos los momentos sagrados de la acci6n, como si la eternidad fuera á sumirnos; mezquinos y débiles enervamos la fuerza de nuestros brazos, con la discordia, con la infamia con el odio doméstico! Despertad hombres de mi patria! La voz de Dios ha sonado, tenéis que reparar grandes errores.

Y serán reparados: una generaci6n nueva se presenta; lugar señores, ella exige su puesto. Preguntadla cual es su divisa, cual la bandera á que sigue, os mostrará el Cielo, son los colores del Cielo, representantes de la patria, esa es su bandera.

Puros y ardientes espíritus, hombres de corazón, y de conciencia, en quienes el amor reboza, y sobre la fé, se lanzan á un mundo nuevo, joven y lleno de esperanzas como ellos. No temais; dadles su puesto. Es una generaci6n que trae la experiencia de los años; venida en tiempos trabajosos, ha trabajado, se ha formado en el choque de los sucesos. Si nuestros padres en su edad destronaron el déspota, á la juventud compete levantar el altar del triunfo. Si nuestros padres fueron grandes en las batallas á la juventud toca la grandeza en la paz.

Es un grave peso el que una generaci6n poderosa llega á sus hijos; las naciones como el hombre, destinadas á progresar mejorando, tienen que servirse de brazos no cansados todavia, so pena de contrariar la ley de su destino. Hombres que en un tiempo fueron grandes elementos de acci6n, se han estenuado por esa reacci6n violenta que aun sufrimos; almas puras y llenas de esperanzas, han renunciado de la fé, agoviados por el largo y triste estado de nuestra vida: hombres en quienes las ilusiones servian de elementos, han palpado realidades crueles, y como si

la sociedad fuera una lucha, se han concentrado en sí mismos, para vivir ó morir en el *individuo*, en el *yo*.

Si pues es ley eterna é inmutable, que una época nueva, distinta de otra, traiga consigo sus elementos propios, que hayan nacido y crecido con ella, y que es tan eterogéneo poner en acci6n un hombre del siglo 13 como una maquina de guerra para vivir en la paz, se podria deducir sin ofensa, que los hijos de las ideas del siglo 19 son sus únicos representantes legítimos; que los que han estudiado las necesidades vitales de la patria, sin participar de las afecciones y odios del pasado, son los llamados á la construcci6n, cuando todavia los escombros impiden nuestra marcha. Si del trabajo pacífico y regenerador depende el porvenir humano, la patria deberá su porvenir á los que por él trabajan, como debe su existencia á los que en las santas batallas de nuestra independencia, se sacrificaron por ella.

H.

## OPORTUNIDAD.

### DIALOGO.

—Vd. se ha de amohosar querido amigo; trabajando, meditando siempre, parece que la sociedad le hubiera encargado su arreglo. Deje Vd. á los hombres y á las cosas; el tiempo es el maestro de la vida, las mejoras sociales no se improvisan, ni los hombres se cambian como la ropa.....

—Hago lo que puedo, no por improvisar los progresos de mi patria, procuro prepararlos; nací en una tierra indigente, y quiero pagarla con usura lo mucho que la debo; cuando menos habré cumplido conmigo mismo....

—Y se lo agradecerá á Vd. la posteridad?... ja ja ja... riase Vd. de todo; por fin que ha conseguido hasta hoy despues de tanto predicar....; que lo muerdan, que lo separen de la bella vida social, que le señalen con el dedo, porque en suma, si todo esto no es muy justo, lo es en alguna parte cuando menos....

—Y así es por desgracia toda la juventud de mi país; peca en dones naturales, con un teatro que se les brinda, en una patria que les tiende llorando una mano cadaverica, paca por sobre su esqueleto como el picafloj por sobre las flores de un jardín; risueña y contenta se pone á bailar sobre las tumbas; con la conciencia cargada de todas

las deudas que el hombre debe al suelo en que nació, está satisfecha de sí misma, y como si estuviera en la época de los goces, risa y placere, son los elementos de su vida.

Felices, amigo, felices, los que como Vd. profesan el principio de que todo se hace por sí mismo; ¿y porque blasfemamos entonces de lo que no hicieron nuestros padres? ¿Para imitarlos luego? ¿Para huir cuando el enemigo nos presenta el combate.

—Déjese Vd. de eso, sino quiere perder la chaveta y que todos le huyan como á hombre maldito. Pues que ¿nos hemos de poner en lucha con todo el mundo, hemos de despreciar á los que tienen el poder, á los que saben, á todos sin mas raz6n que la de haber nacido diez años antes que nosotros?

—Yo no desprecio á nadie, y Vd. confunde mis palabras como mil veces ha confundido mis ideas.

—Y bien ¿qué quiere Vd.? ¿Qué exige de la juventud?

—Poco amigo, muy poco. Qué no duerma contento sobre ese volcan que pisamos; que recuerde ella en lo íntimo del corazón, que la aguardan los altos y difíciles puestos de la escala social; que cuando menos dedique una hora de su vida á preparar la tierra que pronto tendrá que cultivar con sus manos; que al subir al puesto á que está llamada por el curso inevitable de las cosas, no lleve en su pecho el inmenso y criminal vacío de no haber hecho nada por merecerlo; que piense una vez soa a que sus extravíos, pueden causar la ruina, el anonadamiento de la patria, que no venga á ser una generaci6n pigmea, cuando le toca remplazar á los gigantes; que no repose cuando la campana del trabajo ya ha sonado; por fin amigo, que no se crea grande antes de ser pequeña, y que haga por atraer sobre su cabeza las bendiciones de sus hijos.

—Pero si todo esto se puede conseguir no hay mas medios que los que hoy emplea la juventud; Vd. la vé estudiosa y dedicada exclusivamente á trabajos de importancia; dentro de bien poco tendremos nuestro foro lleno de jóvenes abogados, nuestras asambleas nacionales de vehementes defensores de los derechos de los Pueblos; y á fé que este es el *máximum* de lo que se puede pedir.

—Ni este es el *máximum*, ni la juventud es tal cual Vd. se la imagina. No es bastante trabajar para sí mismo, porque el hombre republicano es mas que un indivi-

duo solo; es maestro, padre, apóstol de sus conciudadanos. Formarse una carrera es siempre una especulación personal, procurar imprimir en el corazón del pueblo los deseos de paz é ilustración es una misión patriótica; y esto no hace nuestra juventud. Especula para sí, y se olvida ó desprecia que también es necesario especular para la patria. Segura de que en los años futuros de la vida, sus servicios le serán necesarios á aquella, no piensa en que la influencia de un solo hombre, de diez, de ciento, es eficaz para cambiar el aspecto material de toda una sociedad. De una sociedad que no carece de ninguno de los elementos que elevan á los pueblos y que se hunde en la miseria por falta de cultivo: de una sociedad que rebosa de vida y se anonada por sí misma, á fuerza de vagar de inutilidad en inutilidad, de de-carrio en descarrio. Yo quería amigo, que mis jóvenes compatriotas pusieran un momento los ojos en el porvenir que nos aguarda; que estudiaran las necesidades de la patria, y que de nuestra historia pasada y aun de la presente, sacasen los medios de no ser lo que hasta hoy hemos sido, *infelices, muy infelices*.

—Todo eso será santo y bueno querido amigo, pero aun no es tiempo, de pensar ni obrar de esa manera.—Siga Vd. su tarea; espero que bien pronto será Vd. de los nuestros. Hasta la vista.

—A Dios Señor. Si el Sol deja de vivificar mi cuerpo, y el Eterno de inflamar mi espíritu, yo seré de esos hombres felices y fatales; entre tanto, no me entorpeceré cuando la patria me pida cuentas de lo que por ella he hecho.

H.

## EL ENCENDEDOR

DE

### FAROLAS

Tiempo hubo en que bastaba al hombre la lumbrera que Dios puso en el firmamento para que presidiera al día: á sus primeros rayos despertaba y enderezaba á sus pacíficas tareas. Entonces, semejante á otro bipedo, célebre desde que sirvió de símbolo del hombre de Platon, y de medio al arrepentimiento de Simon Pedro, se recogía con el crepúsculo de la tarde y levantábase con el primer albor

de la mañana. Mas, creció su ambición, desnaturalizó su primitiva esencia y prolongó sus quehaceres y tareas hasta la noche, y proclamó románticamente que las tinieblas eran el día del alma y de la inteligencia. ¡Pervera idea que somete antes de tiempo á mas de una nariz infantil al yugo de las gafas!!—Preciso fué entonces recurrir á la ingeniería é inventó las candelas, los cirios, los kachones, y teniendo ya el alma del alumbrado, necesitó el cuerpo á que abrigarla é infundirla é inventó, las lanternas, los reverberos, y faroles.

Oh farol! cuán ingrato es contigo el hombre: él te fabrica á martillazos, te cuelga á la intemperie en los muros de las ciudades y te hace oír (como si fueras inglés ó tuvieras las orejas de Midas) los instrumentos discordantes de una *retreta*. Semejante aligénio, al ingenio, al talento, á la virtud, cuya corona marchita le envidia con su aliento impuro, semejante á la próspera tierra que encierra simientes de vida y la huela en los reptiles, así tú que encierras y difundes la luz, eres maltratado, y tu nombre sirve á veces para designar metafóricamente al vano presuntuoso que farolea faroleando.—Casi otro tanto le sucede al pacífico y útil jumento, á quien otros llaman asno! Consoláos pues con aquel adagio que dice: "el mal de muchos es alivio para los necios": consuéleos también el saber que un alto poeta os ha llamado—*tremulo virey del Sol*—y no es chanza, porque si supieras leer, lo verías de letra de molde en la comedia de Calderon que se titula: *no hay burlas con el amor*.

Si el chuchumeco que asecha los descuidos de la tia ó de la abuela para acercarse á una ventana; si el ratero que vive como el gato de los descuidos del prójimo, os tira piedras y os matan, es decir, os quitan la luz de la vela que para vos esta de los ojos; el que busca fáciles placeres, el médico que vá á allanar el camino á la muerte la comadre que corre tras un marido próximo á ser papá, el que lleva calzado flamante en noche de aguacero, en fin todo el que necesita de luz, como nosotros por ejemplo, todos os bendicen, entonan un himno en tu alabanza, y puedes decir entonces: vaya lo ganado por lo perdido. Eres pues como el árbol del bien y del mal, como el delito que mata y conserva, como la espada que conquista la libertad y derrama la sangre del hermano, como los nubes y el ápio que á unos encantan y á otros causan náuseas; eres como el estilo de Victor Hugo, una completa antítesis, eres en fin, como todo lo que atañe al hombre. Por eso dijo muy bien el edecan del manchego: "pon cielo cosa al aire y unos dirán que es blanca y otros que es negro".

gra.—Tú, oh farol! no eres un ser pedestre destinado á la domesticidad y al tizne como las parrillas y las trébedes: no, tú te encumbras y encaramas en el alto y bien blanquendo muro, y en el cornizon de una ventana, á la cual, tal vez, se asoma una bella, alzas tu trono radioso y resplendente. No es culpa tuya, si á tantas millas de Londres, no brillas con el esplendor del gaz: sin embargo, la corona de un reyezuelo de Africa no era la de Carlos V. en tiempos en que el sol nacía y se ocultaba en sus dominios, pero ambas pasan en herencia á sienas augustas, y sobre todo, el diamante lapidado y el fondo de un vaso se confunden en la hora en que todos los gatos son pardos, y es esta precisamente la hora de tu reino.—Y pues que es he hecho rey (tal vez por aquello de que el que mucho habla mucho yerra): fuerza me es sostener la paridad con el tazon de buen lógico ó de articulista de cosmumbres, cosas que suelen no ser siempre una misma. Como á rey, debiera darte aduladores, pero á que la adulación á quien no tiene ojos para oír?—y digo que no tienes ojos, pues os estais quieto que quieto arrimado de pur vida al poste de una esquina que entre nosotros es inseparable y sinónima de pulpéria: á lo ser que tengas ojos de mercader; pero en tal caso no viene bien lo adulado con lo mercader, pues estas dos palabras son de aquellas que se resisten á andar juntas como dice Fontenelle: autor que nunca os mira á la cara por andar distraído con otros luminarias de mayor cuantía.

No te faltan por eso servidores; y servidores fieles que apesar de ser negros al resongar ni te estiran la gata: ellos suben presurosos las gradas de tu sollo (ó de tu escalera) á labaros la cara, fregar los vidrios de tu palacio de lata y á libraros de untuosas superfluidades que alieñen ser en día de sol, tan desagradables y gravosas á la humanidad de fraque nuevo, como el ergotismo conventual á la educación de una juventud que haya de vivir bajo un gobierno republicano.—En días en que el sol anda por Sagitario, todo transeunte pasa á una distancia respetuosa de tu trono porque saben aquel adagio griego: "quien se halla cerca de Júpiter lo está también del rayo"; aunque ereo, salvo yerro; que no se engendrán rayos en tus nubes por ser nubes de humo de pavesa.

Fue mi propósito hablar de aquel tu servidor, á quien llamamos encendedor de faroles y os resucita noche á noche con solo el poder de su soplo: ya es tiempo de cumplir con la obligación que me impone el título de este artículo que se va ensanchando como arandela.

Acto como segun Mme de Staél, el amor es solo un

episodio de la vida del hombre; así también el encender faroles lo es de la vida del que desempeña este oficio: puede por consiguiente pasar el día silvando y vendiendo indigestiones ó masas; limpiando pieles de carnero, (que por ahora abundan mucho por la utilidad que promete la cria de estos útiles cuadrúpedos) haciendo escobas y plumeros ó otras obras trascendentes, y á la oración aplicarse á la generalización de las luces.—Empieza la luminosa tarea en la hora mas solemne, en la hora en que anochece: momento que tanto habla á la imaginación y en que las ciudades y los campos son tan fécondos en armonía y movimiento; momento en que el tiempo anda borracho, pues que se pone entre dos taces, y se asemeja á la vida del hombre, puesto que fluctua entre los abismos del ser y del no ser. Hora es esta afigente al mismo tiempo, para la vista y para la inteligencia: hora en que luchan dos principios contrarios cuya imagen presenta á veces la naturaleza y mucho mas atendido experimentamos en nuestro corazón. Esta hora es una elocuente protesta que hace la naturaleza contra los sistemas filosóficos ó religiosos que pretenden reducir al hombre á una abstracción, en tanto que él como la flor, el árbol, el animal bravo, experimentan una especie de estremecimiento en el instante en que el sol se retira: penden de su disco las fibras todas de la materia y de la inteligencia, y el pensamiento, el perfume, el ruido se cruzan en aquel como centro universal y se someten con igualdad á una ley que pudiera llamarse de asimilación. Hora es que suena pausada y humildemente la campana del templo y en que se alzan desde los pechos afligidos hasta el trono de la madre de Dios las plegarias mas fervorosas: hora del amor y de la fe, hora en que todos somos poetas. Hora en fin, en que se arrojan las basuras y se encienden velas. ¿Véas digo? aquí de mi encendedor!

El encendedor de faroles no existió por fortuna suya en tiempo del heroe de la Mancha, que si tal hubiera sucedido, por donde se habria libertado de una aventura? Pues no es bueno que el picarote del negro tiene á la distancia todo el aire de escalador de almenado muro ó de castillo con torraones! Nada le falta: escala al hombro, tea encendida en una mano y en la otra un saco de cuero; saco que aunque lleva en realidad velas inocentes, muy bien podia crear el descendiente de los Quijadas que eran armas arjadizas ó materias inflamables.—Anda de prisa y así se parece á la hormiga en el color como en el instinto, pues precisamente le va clavar la escalera al pie del farol sin haber mirado para arriba: precisamente se dirige

á él por el olfato como aquellos animalitos á la orza de Compota que ponde de la techumbre de una celda. Esta (entre paréntesis) es observacion del venerable Granada en su introduccion al símbolo de la fé. Llega al farol, clava la escala, trepa á ella, dá un resoplido al mechón haciendo; brilla la llama, enciende la vela y pasa á desempeñar su papel á otro teatro, ó decir á otro farol: todo esto lo hace tan pronto y bien como aquel personaje de una comedia cuyo quehacer estaba reducido á llenar esta advertencia marginal del autor: "entra Lucía con una bugía, apaga la luz y vase." Con la diferencia que el encendedor enciende y no apaga la luz, distinguiéndose así igualmente, de cierta clase de gentes que segun un poeta moderno, extinguen las luces y atizan el fuego. Mientras está sobre la escalera es un déspota: el mas pintado, el mas pintor le cede la vereda, y semejante á Néron, mira impávido arder á Roma, que para él es Roma el pavilo de la vela. Sisha quedado algun cabo de la noche anterior lo pone en la petaca y no ha podido averiguar si este es un gajo de su oficio ó si pertenecen los cabos al empresario del alumbrado público. La petaca del encendedor de faroles que ha concluido con su mision y va de vuelta, se parece á la cigarrera de fumador pobrete que contiene mas puchos que cigarros enteros.

El encendedor de faroles es como la lechuza, no solo por lo que anda al rededor de las lámparas, sino tambien por que no se muestra en público mediante las noches de una. En fin es el original de aquellos diablitos que aparecen al final de la ópera de D. Juan; y es tan exacto, que mas de una noche, trayendo la cabeza exaltada y troponeando con él, he exclamado como Leporello: "¿Qué hocico de demonio! ¿Qué gestos de condenado!"

El que no conozca al encendedor despues de tanta charla, menos le conocera examinando una lámina que le representa y ha salido no ha mucho de las prensas litográficas de Buenos Aires: tan mala es la lámina como es el artículo. No todos los héroes tienen la ventura de hallar Apolos y Plutarcos.

(Z)

## NARRACION

### UNA ROSA EN EL DESIERTO.

Llorad, ó niñas que conocéis el amor, llorad el demandado tierno corazón, la mente demasiado poetica, el ánimo en exceso sensible de la pobre Ana Cavalcanti.

Parecia un querubín mandado por Dios á peregrinar

en la tierra; de su rostro, de sus movimientos, de su persona toda entera, nacía una armonia melancolica que invitaba á llorar, á suplicar, á amar; su alma respiraba el aire del Paraíso. Pero su cuerpo y alma tenían un aseo que de suave, de místico y aereo, que contemplandola, os venian á la mente aquellos versos del Petrarca:

Questa aspettata al regno degli Dei

Cosa bella e mortal, passa, non dura. (1)

Y como habria podido existir sobre la tierra, una criatura cuyas debiles y delicadas formas, parecian deber empañarse, como el cristal al mas mínimo aliento, y estar sujetas como el mercurio en el Barómetro, á las menores alteraciones de la atmosfera? Criatura que podia ser comparada á una de aquellas flores, que nacidas en lejanos climas, necesitan para vivir entre nosotros, de ser colocadas en vasos llenos de tierra extranjera, y custodiadas bajo campanas de cristal: una de aquellas flores que el mas suave aire hace sufrir, y que mueren al ligero contacto de una mano. Ana tenía la piel tan delicada y transparente, que en sus manos y rostro, se podia seguir el serpenteo de sus venas azules, y se creeria que el roce de un cuerpo cualquiera habria hecho brotar la sangre de aquellas venas delicadas, y tan graciosamente diseñadas. Su rostro era pálido, á excepcion de las frecuentes ocasiones que un vivo rosa, venia á colocarse en medio de sus mejillas; fatal anuncio al corazón de las madres, anuncio de prematura muerte, de lenta consuncion. Parecia al verla que la vida le fuera fatigosa, si en efecto ella no era él Querubín que llorase su destierro del Cielo. Su alma aspiraba al infinito; su alma contemplativa y llena de poesia, la transportaba frecuentemente lejos de los objetos que la rodeaban, á una esfera sublime, diferente en un todo de aquella de tan poco diametro, de vulgares hábitos, á que sus padres y la sociedad la condenaban. Nacida para los sentimientos de amor y de piedad, nacida para sentir la belleza y la verdad, vivia extranjera y sola en este mundo de bajeza y de cálculo; su mente se volvia hácia Dios de donde habia salido angelical: el escepticismo y la incredulidad del siglo le oprimian la respiracion, se consumia buena y suave entre seres ni buenos ni suaves. Era una Rosa en el desierto.

Con todo, si su alma hubiese sido comprendida, si hubiera sido amada, como lo deseaba y merecia, Ana Cavalcanti habria vivido largos tiempos y feliz. Sus desgracias nacen de la falta de equilibrio entre el mundo

(1) Esta tan bella, y mortal cosa, en el reino de los dioses esperada, pasa, no dura.

intelectual y el mundo real; comprendía el primero y no era comprendida del segundo. Las enfermedades que la afligian eran producidas mas bien por sus sufrimientos morales que por la debilidad de su cuerpo; algunos disgustos que para los otros eran frívolos, á ella la herian en el corazón; los hombres desojaban su espíritu, y luego producian el mal-estar de su físico.

Niña aún, tuvo que soportar uno de esos disgustos tan fatales á su corazón, por el tiránico caracter de su padre. Ana amaba un corderillo; con él hablaba, con él pasaba el día; se habria creído que ella le comunicaba inteligencia, y que aquella bestiecilla fuese capaz del delicado sentimiento de la gratitud. Pero porque Ana descuidaba sus estudios, y lo que en aquella edad se llamaba *deber*, le fué quitado por orden de su padre. El corderillo, fuera en efecto porque sintiese la separacion, ó por que le faltaba la asistencia, murió pocos dias despues. Ana estuvo espuesta á perder la vida; era su primer amor, y sus padres lo habian comprendido tan poco como respetado. Los niños aman siempre algun animalillo, pero es un cariño inconsiderado, caprichoso, versatil, pueril, en fin: Ana amaba á su compañero con un afecto maravilloso, en su edad; con un afecto que indicaba su profunda sensibilidad, y la manera con que adulta habria amado á un ser humano.

Un descubrimiento casual le habia ocasionado otra terrible enfermedad. La madre de Ana desfallecida se acercaba lentamente al sepulcro, oprimida por un mal interior, efecto en gran parte de las dificultades con que habia soportado la lactancia de su Ana contra la opinion de los medicos y los consejos de sus amigos. Cuando Ana supo esto, creyó que ella precipitaba á su madre en el sepulcro. Este pensamiento, que en su ánimo tomó el caracter del remordimiento, no la abandonó jamás; en sus palabras, en sus cartas se acusaba frecuentemente de la próxima muerte de su madre.

Muchos fueron los sinsabores y disgustos que Ana probó su niñez; pero ella los guardaba dentro de sí misma, no se lamentaba, lloraba allá á sus solas, y dulce, amorosa como siempre, sonreía á aquellos que sin notarlos tal vez, habian contristado su espíritu celestial. Nadie imaginaba en aquella niña una naturaleza tan fuerte, una naturaleza tan profundamente templada al dolor; nadie sabia amar como ella, sentía y comprendía el amor.

Su padre era militar. Sus servicios le habian dado el grado de general, cuando los repentinis desastres de la campaña de Moscow, le obligaron á retirarse á su casa. Los hábitos militares, las heridas, los males producidos por

la fatigosa vida del soldado, que en el tumulto de los campos y en la continua actividad, se ocultan, pero que se descubren en la vejez y maduran con el ocio, lo hacian severo, descontentadizo, intolerante. Guerras y peligros eran sus pensamientos, sus palabras, sus sueños: nada deseaba con mas ardor que la ocasion de entregarse á sus queridas y naturales habitudes. Si hubiera tenido un hijo, el objeto de toda su educacion habria sido inflamar su pecho con el deseo de la gloria militar, y el amor á la carrera de las armas; de la hija exigía al menos, que se inflamase con las historias de los guerreros, con las narraciones de los grandes hechos de armas, y que pusiera todos sus esmeros en pertenecer á algun hombre de guerra, en tener algun dia hijos valientes á quienes enseñar á seguir las huellas gloriosas de su padre y de su esposo. Pero conseguía tan poco, que luego el tedio se apoderaba de él y acusaba á su hija de tener una alma de hielo. Cuando la narraba los altos hechos del hombre que habia atolondrado toda la Europa, y de los ejércitos compuestos de soldados, que parecian dotados de un temple diferente del que hasta entonces la naturaleza habia acordado á los mortales, y los narraba con aquella pasion que le era natural, con la elocuencia del que los habia visto, con el sentimiento del que habia participado de ellos, en vez de suscitar en Ana la maravilla y el entusiasmo que esperaba, unas veces la notaba distraida, otras disgustada y llorosa, y le oia decir: "padre mio, la guerra es un pecado, una barbarie, una infamia." Semejante opinion le parecia una blasfemia al general Cavalcanti, que en muchos dias, no volvia á dirigir la palabra á su hija; esta sufría y callaba. La madre de Ana la amaba entrañablemente, pero de indole superficial, estudiaba á la hija en las apariencias solamente sin penetrar en los secretos de su vida íntima. Afectada luego de una enfermedad lentamente mortal, la perpetua alteracion del físico, la habia debilitado aquel sentido moral que todas las madres poseen en sumo grado para penetrar y leer en el corazón de sus criaturas.

Ana Cavalcanti tenía, en 1825, catorce años; no frecuentaba el mundo, casi nunca se mostraba en público y fuera de casa no tenía sino un amigo. De Milan ciudad de su nacimiento, no conocía sino algunas calles y una Iglesia. Las calles eran las que conducian de su habitacion á una casa de educacion, que por la voluntad paterna habia frecuentado, y al jardín de Brata en donde recibía las lecciones de Botánica; único estudio permitido por sus padres que fuese del gusto de Ana. La Iglesia era la mas cercana á la que iba diariamente á orar con santa devocion.

Un sentimiento vago, indefinido, un hábito de mirar el Cielo y de buscar en él lo que no hallaba en la tierra, la conducían con deleite á la contemplación, y al estudio de los astros; de modo que la astronomía y la botánica eran sus ocupaciones predilectas. Era por un instinto secreto, se había relacionado con lo que mas se le parecía en la tierra, y con lo que la representaba y debía recibirla en el Cielo; las flores en la tierra, las estrellas en el Cielo. Descubría arcanas simpatías entre estas y aquellas; y de las primeras decía frecuentemente que eran las flores del firmamento. Conocía el nombre de todas las flores que cultivaba, las estaciones de sembrarlas, sus necesidades y la muerte de las mismas. Había estudiado los nombres científicos de las estrellas, y luego dádoles otros mas á su gusto; notaba sus emigraciones y sus retornos: su corazón se había identificado con las estrellas y con las flores, de lo que resultaba una poesía celestial, un idioma que aunque inteligible para los otros formaba la delicia de su vida. Cuantas veces una flor no había nacido en el día, cuantas veces una estrella no había brillado la noche señalada, cubierta acaso por una ligera nebulosa, habían hecho infeliz á la pobre Ana! Era un olvido, una ingratitud, una falta de cariño, una súplica no escuchada, era una desgracia ó al menos un presentimiento de desgracia; y como aquel presentimiento, lo que sucede muchas veces se había realizado, Ana se había confirmado mas y mas en su misticismo. Y así como entro sus queridas flores prefería una plantita de violeta, que cuidaba con especial esmero, así, hacia las extremidades del septentrion aparecía una pequenísima estrella que ella amaba sobre todas: amaba, por decirlo así con un amor de hermana. Cuando no había podido verla y hablarla á la tarde, el día siguiente estaba desconsolada. Buscando en vano su nombre en los libros, la llamaba con graciosa arbitrariedad y por tristes recuerdos, Arturo: no riata, Arturo era el nombre de su querido corderillo. Cuantas veces, en las noches, en aquellas claras y serenas noches del Cielo italiano, prefería ella al sueño el placer de jugar con sus estrellas.

Las contaba, las pesaba en revista, hablaba con ellas, investigaba sus simpatías, escuchaba su música, explicaba allá á su modo, y siempre poéticamente, las causas por que una se acercaba mas á la tierra que las otras, porque dos no se acercaban mas entre sí, dividiéndolas en castas y familias; muchas veces las interrogaba sobre los secretos de esta vida, y con mas frecuencia sobre los de la vida futura; otras veces afligida porque no descubría su Arturo y

veía usurpado su puesto por un astro extranjero, poderoso desconocido, le llamaba con los mas dulces nombres, hasta que la luz derramándose sobre todas las cosas, le robaba una á una sus amigas dejándola sola y pensativa en la tierra.

Ana, hemos dicho, tenía un amigo fuera de su familia. Este era un jóven de una noble casa, que reunía á una suave y amorosa índole una educación brillante; enamorado de la carrera y de la gloria de las armas, gustoso de haber nacido tarde para participar de las empresas que sucedidas de dos lustros apenas, ya parecían fabulosas, era afecto al general Cavalcanti, uno de los hombres que mejor había sostenido el nombre italiano en las vicisitudes del Imperio. Recibido cortesmente por el general, venía á inflamarse de cuando en cuando con las belicas historias que él le refería; y á las que daba tanta atención como poca le merecían á Ana. En aquella época, tanto en Milan como en todas partes no se hablaba de otra cosa que de el magnánimo esfuerzo que los griegos hacían contra el feroz turco por constituirse libres y dar gloria y honor á la bandera de Cristo. El general iba poco á poco inflamándose con el proyecto de partir para Grecia, de combatir y morir en caso necesario, con los descendientes de Leonidas y Epaminondas. El Conde Carlos Dalprato aprobaba la empresa pero la viudez de su madre lo retenia: —"si tú hablas, le decía la madre, yo muero: tú eres mi único consuelo, el báculo de mi vejez. No es á la Grecia á quien yo hare el sacrificio de tu vida: tienes apenas 24 años; no partas hijo mio." Y Carlos se tranquilizaba con las razones maternales y procuraba disuadir al general de su idea.

Carlos amaba á Ana, como el primogenito ama á su última hermanita; leía como bingüo en el corazón de aquella, leía cuanto podia, pero no leía todo lo que allí se encerraba. Frecuentemente era el interprete de los deseos para con sus padres; con frecuencia los adivinaba y pronosticaba. —Pensaba luego, que una mujer, y mucho mas una mujer del templo de Ann, podia dedicarse á estudios severos, y aprovechando las felices dotes de su amiga hacia las cosas sublimes, procuró establecer un orden en sus ideas, acostumbrarlo á un método, á gobernar y dirigir con acierto sus bellas inclinaciones. Ana hizo rápidos progresos bajo la direccion de Carlos, pero tambien aprendió otra cosa en aquella escuela; aprendió á amar un pensamiento y animado, un corazón que prometia corresponder al suyo, á un hombre. —Esto no lo esperaba Carlos. Ana era tan jóven é ingenua! Le parecia imposible

Carlos, que la había visto desde, tan pequenita, y que aun la consideraba como tal, que la naturaleza la hubiera descubierto tan prematuramente el secreto del amor; para hablar con mas verdad, diremos, que sospechas semejantes no habían caído todavia á la mente de Carlos. Sus lecciones, sus discursos no eran frecuentes, pero formaban la suprema felicidad de la jóven. Ana, pudiendo descubrir sus mas caros pensamientos, escuchando las explicaciones de tantas cosas que la habían impresionado tan fuerte, acercándose á los problemas, que ni aun á Carlos le era dado resolver, se hallaba en los verdaderos elementos de su vida. Hasta las incertidumbres y las dudas le eran queridas, pues que ellas le decían á su corazón que no era una verdad matemática que por otro hubiera sido deducida, y conocimientos y dudas todo le venia de Carlos.

—Oh! tú solo, Carlos, le decía algunas veces con celestial ingenuidad y abandono, tú solo me entiendes, tú solo penetras las necesidades de mi alma. Yo ambiciono saber, pero todo lo que me rodea es misterio para mi; querría saber que es esta vida, esparcida como otra luz, que baña y anima todas las cosas; querría saber lo que somos, lo que seremos. ¡Cuantas veces he pedido al Señor un ser benigno, que no llamase estrañas mis ideas, vicio nario y extravagante mi caracter, sino que me alentase piadoso con sus consejos, con su saber, con su cariño! Habría querido una hermana: un hermano. El Cielo te me ha dado como un angel consolador; no me abandones Carlos, yo te amo mucho.

—Tú eres una criatura predilecta de Dios, la respondia él; los hombres que han dedicado toda su atención al todo de la vida, no envidiarán, ridiculizarán tu caracter; pero sabe que este es un gran don del Cielo, pues que pone mas en contacto la criatura con su Criador. Tú eres predilecta de Dios, pero no serás feliz en la tierra.

—Feliz? interrumpia Ana. Largamente he dudado de mi misma, no he amado la vida mientras me pareció estar sola, pero ahora somos dos á contemplar la inmensidad de la creación, ahora yo puedo vertir en tu corazón fraternal todos mis pensamientos, mis deseos, mis lágrimas.... ahora.... yo soy feliz.

Luego tomándole de la mano lo conducía al jardín á mostrarle las flores que ella sabia le eran mas caras; le hacia notar todo su esmero, y el cariño con que las cultivaba. A la tarde, algunas veces, paseaban juntos: Ana derramaba poesía de toda ella; parecia no esperar sino alas para volar al Cielo; se volvía al septentrion, y señalando su estrella favorita, le decía á Carlos:

—Mucho tiempo hace que queria cambiarle el nombre á mi estrella querida, pero me parece una ingratitud.

—Y como querias llamarla?

—Carlos, la llamaría con mucho gusto. Tendría en los Cielos y en la tierra un Carlos que me guiase, pero no puedo.

—Niñita mia!

A ti te llamaría Arturo mas bien, continuaba Ana con una sonrisa é ingenuidad inefable.

Carlos no comprendía el valor de estas palabras: las creía hijas de la gratitud, y aquel tinte poetico que tenían, lo atribuía al caracter de Ana; la llamaba niñita suya, y verdaderamente la profesaba su cariño paternal. Algunas veces, temiendo que la extrema sensibilidad de Ana fuera dañosa á su salud, procuraba distraerla, llamar su atención hacia ideas vulgares, hablándole de los sucesos del día, de aquellas cosas que mas aman las tres cuartas partes de la sociedad; enonces habia disonancia entre ellos, por que en tanto que Carlos hablaba de la tierra, Ana pensaba en el Cielo. Y mientras que se ocupaba Carlos de Ana como de una discípula cuya educación le estaba confiada, Ana había hecho de él el centro de sus pensamientos, sin saber por que, sin sospechar á donde la conducirían. Carlos estaba presente á todo lo que ella hiciese: sus dialogos con las flores hasta entonces inciertos y vagos, su correspondencia con las estrellas hasta entonces mística y descolorida, habían adquirido significacion, se referían á un objeto determinado. Una flor desfallocida antes de la noche, un astro mas pálido que de costumbre, significaban una desgracia que amenazaba á Carlos.

—Así pasaban los dias de Ana Cavalcanti: dias felices, pero rápidos. La vida transcurria facil y risueña; diariamente agradecía al Cielo de haberla dado un maestro un hermano, un amigo, y en los inciertos gozos del presente olvidaba los disgustos de lo pasado.

Es una tarde de otoño: el Cielo antonaza tempestad. El viento ya amontona y ennegrece las nubes, ya con sus fuertes embates, las despedaza y desbarata: truenos y rayos se hacen oír á lo lejos. Ana pasea el jardín, llena de una inefable melancolía; parece oprimida por la atmosfera; si pudiera irritarse, se irritaría con las nubes que le roban la vista de sus amigas. En los momentos en que el Cielo parece tranquilizarse, ella se sienta en su lugar de costumbre, mira al septentrion, pero su Arturo no parece. Después de algunos dias no se dejaba ver y Ana sentia una angustia inefable. Espera, súplica, llama, á su

Arturo, por el viento. El viento cesa de agitarse; las nubes equilibrándose, se estacionan como un vasto y negro velo sobre la tierra y dejan caer gruesas gotas, que anuncian una lluvia mas copiosa. Ana procura retirarse. En medio de las violetas sus pies dan con un objeto arrastrado por el viento; era el vaso de sus violetas predilectas. Se inclina, lo recoge, lo lleva a casa para calcular los daños causados por el viento y por la caída. Va toda llorosa, pero antes de entrar en las habitaciones de sus padres, se compone; entra pálida, si, pero serena. Allí se la presenta un magnifico vaso de plata lleno de dulces y confites: mira, se acerca, y llena de infantil curiosidad pregunta que significa aquello.

Pobre Ana, no toques esos dulces, están envenenados. Esos dulces, traerán una nueva era para tí, interminable en lágrimas y disgustos. Ellos indican que tus bellos sueños han desaparecido como tu Arturo, que tus esperanzas han caído como el vaso de violetas. Desde este día, el dolor viajará contigo por el valle del destierro.

—Es un regalo para tí, Ana mia, le respondia la madre, y hay un cortés villete que lo acompaña; leedlo Ana lo toma y le ó

Reventó entonces un terrible trueno. Ana pálida, moribunda se abandona á los brazos de la madre, gritando: madre, madre socorredme. Y esta á ella: que hay hija mia. ¿Tienes miedo del trueno? Pero el general disgustado porque sus heridas le incomodaban á causa del mal tiempo, agregó: —Ana tu destruyes tu juicio, y tu salud: este es el fruto de tu estravagante método de vida; la soledad, la meditacion, las vigiliass han alterado tu sistema nervioso: tu eres peor que una niña de tres años; tu tiemblass hasta de las cosas mas naturales del mundo.

Ana, como en sueño, oyó aquellas palabras, conoció el error de sus padres, y con indecible esfuerzo comprimió toda la angustia que sentia, y permaneció allí.

La carta era del conde Carlos Daiprato. Anunciaba á sus amigos su matrimonio con una jóven milanés, célebre por su nacimiento, riquezas y belleza; les embiaba, como se veo timbra, los dulces y confites, simbolos de su futura felicidad y de las dulzuras domesticas. No es probable que Ana leyese toda entera la carta, pero que de lo poco que habia leído se dedujera en caracteres de fuego esta sentencia: "tu amabas á Carlos, y Carlos se ha perdido para tí" es mas que cierto.

En este tiempo, no pudo el general resistir á su genio que poderosamente le arrastraba á la Grecia. Dio un largo adiós á su familia, y fué á prestar su ciencia, su

valor, su vida á aquel pueblo regenerado, como el fénix, de sus propias cenizas: amarga le fué la separacion al corazón de Ana, pero no era el solo golpe que la fortuna le habia deparado. ¡Miserias al ser á quien la desventura ha hecho blanco de sus tiros! Parece que una maligna influencia se complacía en amontonar sobre su cabeza desgracia sobre desgracia, hasta haberlo postrado y puesto en los brazos de la desesperacion. El proverbio vulgar de que una desgracia trae otra, es una de las mas crueles verdades que se registran en el libro de la vida. Ana se enfermó, y se afijia unicamente porque no podia prestar á su madre los socorros que de día en día le eran mas necesarios. Pero cuando el estado de esta se hizo grave y peligroso, Ana, como por milagro recuperó la salud, ó al menos ya no quiso decirse ni reconocerse enferma. Cuan gustosa habria preferido morir ella por la madre, á quien naciendo le habia atraído la muerte! Cuan gustosa habria dado todos sus días por procurarle uno solo sin dolores á su sufriente madre! Todas sus facultades físicas y morales se habian dirigido á mejorar la enferma, á rodearla de amorosos cuidados que tanto conseguían, que tantas veces, de un lecho de dolor hacen el lugar del reconocimiento, y de alguna alegría. Ana habia abandonado las flores y las estrellas por su madre. No visitaba las primeras sino para tomar alguna y colocarla en él lecho, á fin de que su madre sintiese aun una sensacion agradable. No interrogaba á las segundas sino sobre los sucesos de la Grecia, á fin de llevarla buenas nuevas de su querido ausente, y fuera acaso, milagro de la fé, ó poder de una virtud oculta, ella recojia en sus meditaciones las felices noticias que pocos dias despues venia una carta á confirmar. Pero todos los deseos, todos los esfuerzos de la criatura angelical, no bastaban á reponer la vida en los estenuados y quasi consumidos miembros de la Sra. Cavalcanti. Las últimas palabras de las dos infelices fueron largar, despedazantes, pero no eran las de dos almas gobernadas por una misma armonia. Las de la madre eran consejos para que abandonase una vida tan mediatunda y solitaria, para que se entregase á estudios y meditaciones mas mundanas, avisos sobre la eleccion de un esposo, advertencias sobre la eleccion de un nuevo estado. Eran palabras que despedazaban el corazón de Ana, en tanto que la descubrian que su madre no habia sabido leer en su interior; eran consejos que caian fijos como copos de nieve, en el ardiente animo de Ana que no habria consentido jamas en unir su suerte á la de un hombre, desde que el que ella creia mandado por Dios,

se habia unido á otra. Ella repetia, besando las manos de la moribunda, "madre perdonadme." Perdonadme los dolores que he ocasionado á vuestro corazón materno. No estaba en mi cambiar mi alma; si lo hubiera podido, por vos lo habria hecho. Luego agregaba: Rogad por mí, madre mia, para que el Señor me lleve pronto á vuestro lado.

Carlos, el ingrato y mas que ingrato alucinado Carlos, venia á visitarla con frecuencia, y á traerla nuevas de los sucesos de la Grecia. Se quejaba de la inmensa tristeza de su antigua prótejada, pero no la atribuía sino á la ausencia del general y al desesporante estado de la madre; estas causas bastaban en verdad. Pero la presencia de Carlos era fatal á la infeliz y traicionada Ana. Su alma volaba toda ella hácia Carlos, sus ojos se fijaban como ofuscados en los ojos de él, el sonido de su voz la ponía fuera de sí. Entonces y apesar suyo, la madre era olvidada, descuidados los socorros, y trascurado el inminente peligro. No hablaba, no respondia á las preguntas de Carlos, sufría y una maligna voz le murmuraba al oído—oh! amar y no ser amada! El engañado Carlos se despedia diciéndola: tu eres el modelo de las hijas: bendita la que te trajo en sus entrañas: esas palabras de alabanza despertaban fieros remordimientos en el corazón de Ana.

La Señora Cavalcanti pasó á mejor vida.

Pocos dias despues, el mundo se llenó de la fama que narraba los hechos gigantescos de la defensa de Misolonghi, es decir de la arca sobre que estaba edificada, de la que no habia quedado piedra sobre piedra; de aquella defensa en que los griegos del mundo moderno superaron cuanto habia sido hecho por sus padres, en que las damas rivalizaron con los hombres en virtud, en valor, en sacrificios, en que fue dado el golpe mortal á la bárbara dominacion de los creyentes en Mahoma, en aquella clásica y cristiana tierra. Pero muchas madres, no griegas, lloran á sus hijos queridos sepultados en las ruinas de aquella ciudad, muchas hijas de lejanos países quedaron huérfanas en aquella famosa jornada. Ana fué una de estas: el último anillo que la ligaba á la vida fué roto en Misolonghi: el general Cavalcanti habia muerto como esforzado, por la fé de Cristo y por la libertad de la Grecia.

Milan le era insoportable á la huérfana. Concluidas las formalidades necesarias al arreglo de una pingüe herencia, cosas que no comprendia absolutamente, que la fastidiaban y abandonaba por tanto al gobierno de otros, pasó á vivir en uno de aquellos valles de la Esvizera, en los que la naturaleza se muestra tan gigantesca, tan horri-

blemente tétrica y salvaje. Carolina, su vieja aya quiso acompañarla á toda costa. Allí vivia Ana como si estuviera muerta para el mundo. Tal vez se lisonjaba interiormente de que la aspereza del clima, las continuas variaciones de la atmosfera, la libertarian del grave peso de la vida. Se engañaba la infeliz; se vive largo tiempo aun con el corazón dolorosamente herido. Al contrario, el aire libre de los campos, el esponerse á la intemperie, hábitos contrarios á los que la molición ha introducido en la sociedad, habian robustecido su físico. Abandonó las flores; pero ordenaba que se cultivasen las que la tierra y el clima permitian, sin tomarse ningun cuidado por sí misma. El vaso de sus violetas habia concluido la noche del temporal; pero ella tenia un cuadro delicadamente dibujado en que estaba representado aquel colgado en una de las paredes de su alcoba. Desde aquella misma tarde su Arturo no habia aparecido en el Cielo; en su lugar habian nacido dos estrellas nuevas, á las que Ana se volvía con una fé poética, pensando que aquella fuera la morada de sus padres.

La soledad de Ana estaba llena de la imagen de Carlos; tenia fuertemente gravada en su alma la idea de que Carlos era ó debia ser feliz; esto la tranquilizaba. En la mayor parte del día ella seguía las fugaces ideas de un sueño que la transportaba á mil leguas de la realidad. Le parecía tener á su lado á Carlos, ser su esposo, y estudiar juntos los secretos de la naturaleza. Tenia dialogos con ella, por él; espiaba sus menores deseos, acariciaba sus negros cabellos, no se ocupaba sino de él, no vivia sino por él. Pero en este largo sueño ella lo llamaba Arturo y jamás le daba otro nombre, así es que Carolina, que rara vez se separaba de su lado, devanábale los sesos por encontrar el hombre de este nombre, que hubiera impresionado tan profundamente el ánimo de la jóven; discurría, pero en vano. Nadie habia llegado hasta la casa de Ana; sus riquezas las repartía entre los habitantes del valle y los vecinos.

Seis años habian pasado desde que Ana Cavalcanti tenia su domicilio en el valle de la Esvizera; en vano sus amigos y parientes habian procurado penetrar en su hermita, en vano la acechaban con magnificas ofertas de nupcias venturosas, en vano las principales familias del distrito hacian á cual inas por atraerla á su sociedad; Ana se habia cubierto con la soledad, como con un manto que cubiera la virtud de hacerla invisible.

El sol está en el ocaso. Ana sentada en su alcoba cerca de una ventana; tiene un libro en las manos, pero

no lee, sus ojos siguen al sol que muere; sus párpados no se tocan unos con otros; una cansada paz se esparce por toda su frente; negro es su traje, pero su rostro aparece más blanco en el hueco de la ventana, como el lirio colocado sobre una tumba. De rato en rato se agitan sus labios como si respondiese á una pregunta del corazón. Parece la melancolía.—Parece la resignación cristiana. No la turbeis: ella sueña.

De improviso se abre una puerta de la alcoba, entra precipitadamente un hombre..... Ana vuelve benígnamente los ojos hacia él, no se sorprende, le sonríe como los ángeles se sonríen entre sí, y extendiéndole dulcemente la mano, le dice: Carlos, te has hecho esperar mucho hoy, tu paseo ha sido más largo que de costumbre.

Carlos permanece inmóvil y estático en medio de la habitación. Qué significan esas palabras? Burla ó demencia? Qué significa tan extraño recibimiento, después de tanta ausencia? Al fin se acerca á ella, y besándola la frente, la dice: Ana ya no conoces á tu Carlos.

Pobre Ana, despierta!

Aquella voz, aquel beso fué un golpe eléctrico para ella: vuelvo á la realidad de la vida, se le oscurece la vista, le late las arterias de la sien, como si sus pensamientos demasiado comprimidos en el cerebro amenazasen salir, hace increíbles esfuerzos por articular una palabra: finalmente pregunta temblando:

—Aquí, tú, Carlos? Y después de tanto tiempo?

—Y tú no querías ni siquiera recibirme?

—Conde, á nadie he recibido, pero si me hubiera imaginado que un día vendrías á visitar vuestra antigua amiga, las puertas habrían estado abiertas para recibirlos.

—Te agradezco, Ana. Pero porque te encuentro tan mudada conmigo? Porque esta helada reserva? Porque me recibes así? Ya no soy tu antiguo amigo? Cuando he desmayado en tu corazón?

—Oh! jamás, Carlos, jamás. Habla! dime te has acordado de mí alguna vez?

—Y como habría podido olvidarte: me consumía el deseo de verte.

—Tu siempre has sido bueno con la pobre Ana.

—Pero que haces, que piensas mi dulce amiga? Porque te empeñas en vivir sola y lejana de tu patria? Qué te ha hecho el mundo? Es verdad: tu eres angelical sobremanera para confundirte con la multitud, pero no debes castigar á los otros por culpas que no tienen, tu no debes quitarle al mundo una de las más per-

fectas criaturas que salieron de la mano de Dios. ¿Qué haces en este desierto?

—Muero, Carlos. Cada día que pasa señala el término de una de mis penas. Mi vida es una larga muerte.

—Tuya es la culpa, Ana. Tu naciste para ser feliz, y has repudiado la felicidad, como á una amiga infiel. Dios te ha dotado de mucha belleza y de un corazón exquisitamente sensible, y tu has despreciado sus dones. Tu has huido, aislándote, al más dulce sentimiento que el Cielo haya puesto en el corazón de sus criaturas, al sentimiento que habría hecho risueña tu vida. Tu no has amado nunca, Ana: esta es la herida de tu corazón, el vacío que te circunda, el fastidio que te mata.

—Oh Carlos, yo he amado!!

—Sí, tu has amado tus ideas, has amado seres insensibles ó imaginarios.

—Plugüera al Cielo que tus palabras fuesen verdaderas y que yo no hubiera amado sino mis flores y mis estrellas.

Entonces tu vida oculta un misterio para mí. ¿Para tu Carlos, para tu hermana?

—Yo soy la más infeliz de las mujeres. No pongas tu mano sobre mi herida, ya me duele demasiado. Mi amor! El está todo entero en mis recuerdos. Ves aquel ramo de violetas, dibujado? El ha tenido gran parte, después de él mis pobres padres, y luego mis estrellas; ya tus ojos no encontrarán mi estrella, me ha abandonado. Por dios, no me preguntes mi secreto.

—Ana, ese secreto te concluirá; deposítalo en el corazón de tu amigo.

No,.... sería delito.

—Un delito? Imposible. Tu deliras.

—En un tiempo no era delito, decía Ana como ocultando alguna idea, nacía santo y puro en mi alma como un perfume sagrado, pero mi had fué mayor que mi fortuna. Y tomando á Carlos de la mano, no preguntéis el secreto que me da la vida. Hablame de tí Carlos, de tí que eres feliz.

—La felicidad no es planta de la tierra, yo no soy feliz Ana.

—Virgen Santa, ni Carlos, ni aun mi Carlos es feliz. Desgraciada de mí; esta idea era la única tabla en mi naufragio. Y dime Carlos, ¿qué falta á tu felicidad?

—El amor. Dios no haga que jamás su criatura muerda por la boca del divino Alighieri; amor que á ningún amado perdona. Dios no te condene jamás al tormento de amar y de no ser amada. Cuanto el corazón del

bre puede dar á la mujer, tanto mi corazón le había dado á la mía: mi amor era un culto; yo la amaba como el desterrado ama la patria y ella....oh!

Y tal angustia se pintaba en el rostro de Carlos, que Ana, cayendole el libro de las manos, desfallecía cubierta de palidez mortal. A los gritos de Carlos, llegaron los criados. Ella fluctuando entre la vida y la muerte lanzaba un sonido que decía, Arturo, Arturo. Luego prorumpía en un copioso llanto, y atacada de frecuentes desmayos, arrojaba sangre por la boca. Una violenta fiebre sobrevino. Fueron llamados los facultativos, pero casi inútilmente. La enferma deliraba en exeso; aterrizzaba y conmovía á la vez: las palabras que dirigía á Arturo, estaban llenas de tal poesía, que parecía descendiese del Cielo; deliraba, divagaba, y hacia una harpa de la naturaleza, para espresar sus profundas penas; Carlos enmudecía, y por momentos se ponía tétrico y melancólico. Frecuentemente se apoderaba de los oyentes un sentimiento religioso que les obligaba á postrarse en torno del lecho, y á prorumpir entre sollozos: "ella es santa, ella es santa." Se traslucía en los interrumpidos discursos de Ana, el sentimiento de una próxima muerte; — Ha concluido el ingrato sueño de mi vida, dejiraba con frecuencia, dentro de poco habré vuelto á los abrazos de mis padres; ellos me llaman; — pero él? queda á llorar en la tierra? ¿No bastaba una víctima?

Al fin, después de diez días desapareció la fiebre y el delirio, y los médicos pronosticaron á Ana su próximo restablecimiento: en efecto empezó á convalecer, y los que la asistían, procuraban dar un nuevo y más risueño curso á sus ideas. Parecía que Ana quisiera secundar tan cariñosas miras, y olvidar un pasado tan triste. Todos tenían grandes esperanzas, y la creían salvada dos veces: física y moralmente.

Una tarde estaba Ana apoyada al brazo de Carlos, en el umbral de la puerta. Aquel la proponía nuevos proyectos de vida para lo futuro!

—Sí, Ana, la decía, tu debes decir adiós á estos tristes sitios, y volver á la sociedad que te espera. Yo no te dejaré hasta que no hayas correspondido á mi suplica.

—Crees, le decía Ana que todo ha concluido para mí?

—Tu quieres despedazar mi corazón—Los modicases.....

—Carlos, los médicos hablan, y mi corazón habla también; mi corazón es profético. Pero, no hablemos de estas cosas; ves aquellas parvas y aquel árbol que están

en el fondo de las violetas? Tendría gran gusto en ir esta tarde hasta él.

—Y quien te lo impide? vamos.

—Pero.... yo no volveré.... no podré volver por mi misma.

—Bien, replicaba Carlos sonriendo, te traeré en mis brazos, como cuando te llamaba *muchachita mía*.

Fueron hasta el fondo del violetar: Ana se dejó caer, fatigada y casi moribunda al pie del árbol que ella había señalado. La tarde estaba abanzada, el aire templado, purísimo el Cielo. Ana levanta los ojos al Cielo, mira largo tiempo hacia el septentrion, y apretando la mano á Carlos, le dice:

—Descubres aquella estrella, perceptible apenas? La descubres? Es mi estrella que vuelve. Alabado sea el Señor: la hora de mi resurrección ha llegado. Siéntate, Carlos, te hablaré de mí y de mi secreto. Dios me ha dicho: vivirás y caminarás sola por la tierra; adora y sufre. Yo he vivido sola, no comprendida en la tierra; callé, sufrí y adoré. Mi corazón estaba lleno de un sentimiento sublime é inmortal; pero nadie ha querido dividirlo conmigo. Tú lo has dicho, Carlos: no te condene Dios al suplicio de amar y de no ser amada. Yo he probado este tormento largos años, toda mi vida, todos mis días, todas mis horas. Levanté mis manos al Señor, y dije: cumplase vuestra voluntad. He podido vivir y gozar de la felicidad ajena; gran tiempo creí en la tuya, pero has venido tú á apagar este último rayo que iluminaba mi alma.

—Corazón celestial, interrumpe Carlos.

—Amas siempre á tu esposa?

—Siempre.

—Oh! entonces no me queda sino rogar al Cielo por tí, por que te abrevie la dolorosa prueba, á que yo estoy sujeta después de tanto tiempo. Carlos, yo he amado, como se puede amar en la tierra; he amado tal vez como se ama allá arriba, en el Cielo, he amado un hombre.... pero el destino no ha querido que con él me acompañase en la peregrinación. Yo voy á esperarlo en el Cielo. No tengo fuerzas para pronunciar su nombre, pero tú lo conoces, tú le hablarás de su Ana, tú le llevarás mi último saludo de amor. Un beso cuyo tal vez tendría la virtud de restituirme esta vida que me huye, pero eso sería un delito. Has que venga á poner sus labios sobre los míos, cuando ya está helado mi cadáver, entonces la muerte me será querida, la tierra no pesará sobre mis huesos. Has que deposite un rizo de su pelo sobre mi cora-

zon, y ese será el tesoro que despues de tanto tiempo yo me he pronosticado vanamente. Aquí, bajo de este arbol, he terminado el largo romance de mi vida: aquí he hablado y vivido; aquí he sido feliz con él.

Ana saca del seno un medallon, y ofreciéndoselo á Carlos, agrega.

—Aquí encontrarás el nombre que yo no puedo decirte.

Los labios de Ana empalidecen, su voz se debilita, parece el éco de una voz; todos sus miembros se disponen á gozar de una paz que no será turbada en adelante. Solo sus ojos brillan con tal fuego que dirias que vieran abrirse los Cielos.

—Ana, decia Carlos sollozando, deja esos tristes pensamientos.

—Y que hay mas triste que la vida? La muerte es el abrazo del alma con el creador y con la eternidad.

Y murmuraba debilmente y con un melancólico tono: La muerte es el fin de una prision oscura, para las almas sensibles.

Os habria parecido el eco de una harpa lejana, pulsada por el viento, el canto del Cisne moribundo.

—Ana la humedad del aire te hace mal... tu estás con fiebre... por piedad Ana...

—Ves aquellas dos estrellas? allí viven mis padres. Mañana verás nacer entre ellas, una nueva; mírala mucho, ella te sonreirá con amor.

—Ana, tu estás temblando, tus manos estan empapadas en un sudor helado.

—No olvides á Arturo... el te recibirá algun dia.

—Ana!

—Oh! ójala hubiera podido estrechar á mi corazon el cuadro de mis violetas.

—Ven y lo verás.

—Oh! Misolonghi, oh! heroes de la Grecia moderna.

—Ana!

—Oh! madre, perdóname yo te he muerto naciendo.

—Ana! grita Carlos, casi desesperado.

—Carlos, Carlos, Carlos, allá en las estrellas nosotros seremos felices.

Y cayó en los brazos de Carlos.

Los criados acudieron al grito de Carlos, y encontraron que Ana estaba muerta.

Carlos desesperado se acerca á una luz, mira el medallon, era su retrato! —Ah! ciego, necio, miserable, yo lo he muerto, grita y cae en tierra como muerto.

A una Capilla, fabricada por órden de Ana, fué transportado su Cuerpo. Carolina y Carlos tenían del paño funerario. Antes de enterrarla, la descubrieron el rostro; el querubin dormía. Carlos imprimió un beso en sus labios y depositó un rizo de sus cabellos sobre su corazon.

Muerta! muerta, decia Carlos desesperado y sollozando; sí, "muerta" le decia Carolina, tambien llorosa, "muerta" de amor por un Arturo que nadie conoce.

Llorad ó niñas que conoceis el amor, llorad el demasiado tierno corazon, la mente demasiado poetica, el anjmo en escaso sensible de la pobre Ana Cavalcanti.

(Del Italiano.)

E.

### FIGARILLO EN MONTEVIDEO.

—Queridísimo Figarillo! Vd. por acá?

—No: si estoy por allá todavía.

—Já, já, já, já, prorrumpen en carcajadas—si es muy gracioso esto Figarillo.

—Mucho, dice para él, pedazos de pabos.

—Y que vientos le han traído? como ha sido esta venida?

—Eh! yo soy como los operistas y los pájaros: ando tras de las primaveras y las auroras... Se acabó la Moda: á ese tiempo apareció el *Iniciador*, y como yo no puedo vivir sin escribir, así como los pájaros no pueden vivir sin cantar, me vine á juntarme con los alegres redactores del *Iniciador*. Me parecieron todos, gentes de humor, parecidos á mí. Sé además, que en esto de letras el país promete tanto como Buenos Aires, y no me sorprende, por que sé de que madre proceden ambos. Hijos de una misma España, tienen la misma locura por las letras.

—Pues que Vd. vive de las letras?

—Ni Dios lo permita: preferiria ser ladrón: seria menos despreciable. El robo al menos se ha visto consagrado en Esparta. Pero las letras en América, cuando? Nosotros no conocemos otra nobleza que la del trabajo: todo trabajo es noble entre nosotros, menos el de las letras, por que ese no es trabajo: ó á lo menos es un trabajo muy degradante. Aquí es un deshonor trabajar con la cabeza, es decir, como hombre; mientras que es una honra trabajar con los brazos y pies, es decir, como bestia. Solo el trabajo bestial goza de favor. Galopar, sudar, aselearse, mojarse, estropearse: hacer la gu-

ardía á las vacas, gobernar peones imbéciles, golpearlos con todo bicho, mentir á todo trapo para ganar un real en ventas de trapos, de cuernos, de cueros, de cerda, esto sí, es de la gran gente altamente honrosa, y brillante: constituye entre nosotros, la brillante *profesion mercantil*. Pero vivir de hacer libros, versos, periódicos, solo puede ser de los pobres diablos como Chateaubriand, Lamartine, Hugo, Dumas, Jul-Janin, George-Sand, Lerminier.

—Pues que estos grandes hombres venden lo que producen? viven de lo que escriben?

—No: si viven de cuidar vacas y vender cerda, y mentir, y llorar por un real. Por que dice Vd. que son grandes hombres, y no pobres diablos? Como pueden ser grandes unos hombres que escriben verdades para comer? Si escribiesen mentiras como los vendedores de trapos, podria pasarse.

—Vaya: pasando á otra cosa, ¿como está Buenos Aires?

—Muy bueno para servirá Vds.: no es á resfriado, ni físico, ni pobre, ni triste siquiera.

—Oh! no embrome Vd. Figarillo, hable con formalidad: le pregunto en que situacion está?

—Sobre la orilla occidental del Rio de la Plata, en la misma latitud que ocupo siempre.

—Latitud geografía ó política?

—Nada de política. De eso pregunten Vds. lo que quieran á la *Gaceta* y al *Diario de la Tarde* que son los que lo saben todo, en la inteligencia que todo cuanto digan es un evangelio que no hay ejemplo en tantos años haya sido desmentida por nadie. A mi pregunteme Vd. de cosas frívolas, de pasatiempos, como son los loros, la filosofía, las cotorras, la poesía, los perros falderos, la literatura &c.: de eso, si les podré hablar, por que, como redactor de la *Moda*, estoy al cabo de alguna parte.

—Hombre! y por que cesó la *Moda*? Hasta ahora no ha habido una persona que nos diga la verdadera causa.

—Por las tenacidades de un maldito impresor que queria obligarnos á escribir contra los pobres loros, mas injurias y mas insultos que los que les llevamos dirigidos.

—Y que efecto ha producido la *Moda*?

—Oh! grandísimo. Ya no tiene Vd. en toda la ciudad sino 80 mil loros, 11 mil cotorras, 20 mil mujeres que no leen, 50 mil lectores españoles, un millon de costumbres españolas, 10 mil preocupaciones, contra las ideas nuevas, y 60 mil almas viejas. Fuera de estas excepcion-

nes que mañana no mas mueren á manos del *Iniciador*, todo el mundo es partidario de la *Moda*.

—Y el *Iniciador*, qué suerte tiene por allí?

—Oh! suerte loca. Inicia gente que dá horror. A la hora de esta no tiene Vd. no digo un jóven ni siquiera un viejo que no esté iniciado. Vd. no sabe que aquella gente es como esta, gente de iniciacion, de progreso, de movilidad, que comprende al vuelo, que adivina al gesto, no digo ahora las páginas del *Iniciador*.

—Y que me dice Vd. del teatro nuevo? Otra cosa vieja, pero que nadie nos ha hecho conocer hasta ahora con precision.

—Qué quiere Vd. que le diga? Que allí lo han calificado teatro español. De aqui no mas ya puede Vd. concluir todas mis simpatias por él, como por todo lo que es español. Así es que yo no puedo ser juez.

—No importa: dénos Vd. una idea á su modo.

—Pues bien: el español no ama el ruido, ya Vd. lo sabe; el teatro está pues á una legua de la ciudad, de la ciudad que frecuenta el teatro, se supone. Vd. sabrá tambien que la señora de Hamilton (plenipotenciario de S. M. B. cerca de Buenos Aires) al pasar por la puerta del antiguo teatro dijo con inocencia—*qué hermosa caballeriza!* Pues si Vd., no digo la que no habia conocido sino los teatros de Londres, pasase sin ser advertido por la puerta del teatro nuevo diria con la misma sinceridad:—*qué linda barraca!*

No importa: bajo una capa rota, hay un buen bebedor. Abierto el porton, cae Vd. en poder de un largo vestibulo, que á no hallarse Vd. libre de antecedentes, á no hallarse Vd. en un país en que no se conocen calabozos, ni presidios, diria Vd. que habia caido en manos de uno de ellos. No importa la peregrinacion no tiene ni una legua: al fin de la cuaresma está la pascua: adelante, y ya está Vd. en las alegres y risueñas galerías interiores, y alegres y espaciosas, fuera de chanza. Y pare Vd. de contar, es lo mejor de la casa. Puede Vd. recorrer todas las galerías sin tener que besar á nadie como no sucede en las galerías capilares del otro teatro. Adelante, todavia, y aqui está lo bueno. Qué le diria á Vd. que parece á primera vista el conjunto interior del edificio? Parece una inmensa pajarera, parece un inmenso armario de libros ó de tarros de botica, parece una jaula de loros, un algibe parece... que se yó lo que parece: parece todo, menos las señoras y la jente que hay en él, y que se ocultan totalmente detrás de los mostrudos palos de aquella eterna batanda, que recuerda el estilo gótico de las añejas rejas de madera que guarnecian nuestra venta-



nas. Los palcos no vuelan, como en el otro teatro, pero están más seguros, están más aterrados: son nichos. Las Sras. no lucen, no aparecen, pero no hay cuidado: están ennichadas. Las señoras de la *cazuela*, han sido colocadas por el galante arquitecto entre las estrellas del cielo. De su seno, parecen haber salido dos ángeles que sostienen una colosal araña, que, como el Sol, colocado en el centro del espacio, inunda de luz, y deslumbra, y despeña todos los ojos de aquel brillante universo. Esto es saber Teología, por que los ángeles allá en el cielo, según informes fidedignos, son los que corren con las velas y los quinqueses, como los monacillos aquí abajo. Ciertos charlatanes, que como traen sus cabezas llenas de pájaros no hablan más que de patria, han dicho que mejor hubiera sido colocar en su lugar el Sol de Mayo, como emblema de la idea sintética que domina el drama socialista:—la Patria. Pero una cosa es decir y otra es hacer. En cosas de patria, del dicho al hecho, hay mucho trecho.

Nada prueba el gusto que ha presidido la decoración de la casa, como la elección de esta imitación latina, tan rica de gracia y donaire, que se ha escrito sobre el arco del proscenio:—

Se reúne en este punto de cénit y utilidad;  
Pugna la virtud y el vicio; se enseña moralidad.

Era indispensable que el proscenio tuviese su letrero, como la botica tiene el suyo, la sastrería tiene el suyo, la partera tiene el suyo. De lo contrario, el público quedaba espuesto, á verse allí reunido sin saber con que objeto.

Para que la actividad sea continua, para que la escena no enmudezca, la caída del telón pone ante los ojos del patio un drama plástico, que representa en no malos colores, el Parnaso, la Arca de Noé, el Caos, que sé yo que representa de tanto y tan mucho que representa.

No tienen que quejarse del frío los hombres, por que el arquitecto los ha estrechado tan fraternalmente, que pueden desafiar los hielos de la misma Rusia. No hay duda que en esta parte el teatro es socialista, por que socializa tanto á sus concurrentes que de todos ellos no hace más que uno solo. Es más que socialista, es panteísta, es decir, *espinosista, unitario, herético*.

Todo ésto, por lo que hace á la casa: en cuanto á la representación, h y mucho que distinguir, por que donde entra América y España, el drama y la comedia, es preciso marchar con distinciones. . . . Me ceñiré á una re-

presentación, la del *Angelo* de Victor Hugo, que acaba de ejecutarse. Por ella podrá Vd. colegir sinó de todo, al menos de algo. Se ha ejecutado como habria podido ejecutarse en España. Ya Vd. debe suponer como podrá ser interpretado el genio audaz, excentrico, vaporoso de Victor Hugo, por la material y prosaica España del día. La España es Cervantes en grados diferentes, ha dicho Lerou. Pues bien: dos son los grados de Cervantes, y por tanto, de la España:—Don Quijote el uno, Sancho el otro. La España que pasó, es Don Quijote. La España que vive hoy, y anda por los 40, es Sancho. No tiene Vd. pues sinó que imaginarse á Victor Hugo, á la faz de Sancho Panza.

Y las justas apreciaciones que este haría, de las bellezas etereas del profundo trágico, que afectando esplotar á la España, no hace más que derramar torrentes de idealismo sobre ella. El autor del *Hernani* no le debe nada á la España como se cree: al contrario la España le debe á él infinito: él la ha idealizado, se ha frogado una España de su fantasía, la poesía de la España; de la realidad, una España ininteligible á la misma España.

También es menester confesarlo, mal que nos pese que á este respecto no es inmensa la ventaja de la América que aun no hace treinta años dejó de ser española. Se observó en el *Teatro de la Victoria*, la noche del *Angelo*, que algunas de esas sonrisas terribles que el arte de Hugo esparsa á menudo en el fondo de la mas desordenada cólera, fueron tomadas á la letra, y reproducidas en el patio. Mas de una vez se oyeron sonrisas en los pasos más sublimes. Tal vez fué por que del sublime al ridículo no hay ni un paso, y en los teatros españoles, ni un cabello. Sin embargo el *Angelo* tuvo comprendedores en el patio y en las tablas. El mismo Hugo se habria sorprendido de encontrar en ese lado del Océano, corazones que lo comprendieran, como en aquella noche, las actrices argentinas A. y P.

Es preciso convenir en que la América meridional, inocente y candida hasta en sus intrigas y sus vicios, necesita un drama menos complicado, menos vaporoso, menos sudaz, menos caprichoso. El corazón americano está todavía demasiado inmaduro y tierno para comprender los misterios del corazón europeo, como está igualmente nuestro pensamiento para alcanzar en todo su vuelo al pensamiento europeo. Es tan imposible saltar bruscamente de sentir á Moratin, Breton, y Martinez de la Rosa, á sentir á Schiller, Goethe, Hugo y Dumas, como lo es de pasar bruscamente de comprender á los PP. Almeida

y Feyjoo, á comprender á Kant, Hegel, Jouffroy, Lermier. Para apreciar á estos escritores, nuestra sociedad necesita antecedentes, y la obligación de sugerirselos debe hacer la incesante ocupación de la juventud ilustrada que vemos asomar en las dos bandas del Plata.

—Pero, Figarillo, Vd. comenzó riéndose y ha concluido como predicador.

—Con ese fin me río siempre: traer sobre cosas serias la atención de ciertas gentes que se estremecen á la presencia de lo que no es juguete.

FIGARILLO:

## EL AMOR.

La Libertad tiene su asiento en el corazón. Allí está arraigado el sentimiento generoso que dignifica al hombre, la pasión sublime, germen fecundo de toda virtud democrática, el móvil activo de la voluntad humana, la inspiración pródiga de altísimas concepciones. El amor es más que una pasión, es la intuición más grandiosa de la mente, la visión más bella de la imaginación. Yo no sé que la filosofía y la política hayan llevado su severo examen á esta pasión de tan eficaz influencia en los destinos sociales. Y cuando se remueven todos los resortes de la democracia, cuando se les estudia con curiosa atención, parece oportuna una rápida ojeada sobre el amor.—Nuestro punto de vista será la Patria, y el que quiera formar juicio acertado sobre cualquiera de los elementos de la vida social, debe elevarse á esta altura; so pena de ver los objetos en una pequeñez falsa, y de apreciar erradamente las tendencias y evoluciones de los principios democráticos.

En la infancia el amor es un instinto, una espontaneidad irracional y prosaica, un sentimiento virgen. El niño ni conoce, ni idealiza el amor, aún porque no puede amar. Pero á la infancia, que es el sueño del alma, sucede la pubertad. El alma abre sus ojos. Es el día de la creación. La palabra primera del hombre es de sorpresa, de admiración. El amor es ya una pasión, la imaginación ha nacido. Por todas partes rodean al hombre la belleza, la armonía, el encanto. La vida es música, y poesía. La razón es poética, no racional. Un joven enamorado probará que su querida es una deidad, un mundo, un ángel de caudor y hermosura. Pero todo mo-

mento apasionado es una tormenta, un combate. La querida es ingrata, da celos, oprime y aqueja al rendido amante. Amar es esclavitud. La Patria, la madre, el hermano, el amigo son nada. La querida es una tirana. Momentos deliciosos, horas sublimes, grandeza inefable viven á la par de la negra y florosa melancolía, de pesada y humillante opresión, de amargo escepticismo.—Pero la duda es la aurora de la razón. Dudar es dar el primer paso á la emancipación del error. Un ángel no despotiza. El amor es igualdad, no opresión. La razón nace, el hombre se completa y el joven sacude el yugo de la mujer.

No son estas vagas abstracciones, consideramos al amor en nuestras sociedades. Por desgracia caracterizan á nuestras jóvenes la ignorancia, el orgullo aristocrático, la vanidad pueril, vicios todos que las conducen al despotismo. No hemos dudado un solo instante de las prendas muy recomendables con que han sido dotadas por la naturaleza; pero deploramos la educación pésima, ó más bien la ninguna educación que se las da. El amor es algo más que un instinto, es una pasión del corazón; más que una pasión doméstica es una pasión social; más que una idea de la inteligencia es una ciencia práctica. La moral, la política y la religión se interesan igualmente en la educación racional de la mujer, é imperiosamente exigen su completa emancipación. El joven que sufre el despotismo de una mujer, que afea así su honor y su dignidad, este joven, decimos, no será un buen ciudadano, y muy dispuesto lo tendrá un Tirano para hacerlo buen esclavo. Deseamos, pues, que se proclame la Libertad del ciudadano y del individuo. No queremos hombres mugerengos, ni esclavos. Si, amantes filósofos y ciudadanos, que no sean aborridos por una miserable pasión, que arrastrados á los pies de una coqueta no reciban el anatema de la Patria y de la Libertad. También la Patria, es de las mugeres, la Libertad es de ellas; á non más que al ignorante al joven de talento, más que al bailarín al ciudadano.

La misión del hombre se completa con el apoyo de la mujer. La mujer es el banquete de la vida, el consuelo del infortunio, el Cielo de la tierra. El progreso de la mujer debe ser paralelo y armónico al del hombre.—Un tardío arrepentimiento y lágrimas estériles serán la consecuencia funesta de su atraso vergonzoso.

D. y L.

UNA PALABRA.

Una coincidencia fatal comprometo casi á un mismo tiempo á todas las Repùblicas Americanas en una lucha terrible. El tiempo y las ideas elevan su estandarte divino contra los resagos de viejos privilegios, contra las bárbaras leyes de la humillante servidumbre. — Dios alumbró á las Repùblicas, Dios bendiga á la nueva generacion Americana, su palabra es sincera y santa. — Regeneracion, Libertad, asociacion es su conquista. — Hombres escuchadla de corazon y no la abandonéis. — Escuchadla si queréis marchar con el siglo, si queréis cumplir el testamento de vuestros padres, la ley del Cristo en la tierra. — No olvidéis vuestra vieja bandera.

V. S.

AL TIEMPO.

Liberté! pur flambeau de la gloire orangeuse  
Non, je ne t'ai point dit adieu!

V. Hugo.

O tiempo que vas surcando

La eternidad con sonrisas,

Detente.....

No borre tu ingrata brisa

Un lema resplandeciente

LIBERTAD!

Mira que Dios en la tierra

Esta ley santa bendijo

Placido,

Y toda opresion maldijo.

Como padre generoso

Y bueno.

Mira que el Sol en su trono

Transparente, azul divino;

Pronuncia

El signo que el Argelino

Consegro, y al mundo anuncia

LIBERTAD!

Mira que escrita murmura

En el corazon del hombre

Valiente,

Y aunque al perfido le asombre

Revive su llama ardiente

Y cunde.....

¡Mira que do quier apliques  
Tú manó yerba homicida  
Y cruel,  
Hallarás siempre osculpida  
Con un eterno cincél  
LIBERTAD!

¡Mira ese mar encrespado,  
Esá humanidad que gríta  
Y hierve,  
Sin cesar; .... Como se agita!  
Y aunque su fuerza se enerve  
Relucha.

¡Mira torrentes que brotan  
De sangre ardiendo y humea!  
Escucha, .....  
El cañon que centelléa  
Y truena al son de la lucha  
LIBERTAD!

¡Mira rodar por el suelo  
Cual troncos hombres á miles  
Que mueren,  
Mesclados libres y viles:  
Como la tierra conmueven  
Sus ayes....!

Tiempo! Tiempo!... vuela, rasga  
Tu ley de roja matanza!  
Revela  
Nueva luz, dulce esperanza;  
Lo que el mundo tanto anhela  
LIBERTAD!

M.

EL POETA.

Solo me miro en la tierra  
Sin que nadie me comprenda;  
Sin que ninguno me estienda  
Un brazo consolador.  
Como flor en el desierto  
Mi juventud se marchita;  
Como una planta maldita  
Que á todos inspira horror.

Una atmosfera impregnada  
De corrupcion, me circunida;  
Y ¡ay Dios! mi pecho se hñnda  
En lagrimas de dolor,  
Egoismo, indiferencia,  
En torno de mí; yo miro;  
No siento un solo suspiro  
Ni una palabra de amor:

Una muger no he encontrado  
A quien dirigir un canto,  
Ni que onjugase mi llanto,  
Ni que me inspirase amor!  
Angel de amor! que ha creado  
Mi mente, y por ti delira,  
Parece, y oirás mi lira  
Producir ecos de amor.

Mis ecos los lleva el viento  
Como música lejána  
Alguna criatura humana  
Tal vez los suele escuchar.  
Mas los ecos del poeta,  
Puros, tiernos como su alma,  
Susurran en grata calma  
Junto al trono celestial.

Solo Dios oye los cántos  
Del poeta, su alma pura  
Quiero de esta tierra impura  
Hasta los cielos volar.  
Ay! el poeta es un hombre  
Que en torno á nosotros gira,  
Y que en el mundo se mira  
Como una sombra vagar.

El no prodiga alabanzas  
A un miserable tirano,  
Ni besa su ferrea mano  
Con torpe profanacion.  
Su mente se eleva al cielo,  
Abarca el espacio inmenso

Y solo prodiga incienso  
En los altares de Dios.

Ah! la mision del poeta  
En esta tierra maldita,  
Es la mision del Léyita  
En el templo del Señor.  
Es la suerte del poeta  
Marchitarse en un desierto,  
Y como en páramo yarto  
Morir, lleno de dolor.

A. M.

AL PUEBLO ORIENTAL.

Salud y ventura mansion del Oriente  
Salud mis hermanos de causa y destino,  
Salud hñas bellas del pueblo naciénte  
Que unidos juramos tener libertad!  
Con vivo entusiasmo y amor fervoroso  
Yo dejó un instante mi suelo Argentino  
Por oír vuestros ecos al son magestuoso  
Del mundo que gana la justa igualdad.  
Tus glorias unidas están á mi Pátria,  
Tambien los destinos unidos serán,  
Un sol nos alumbró y un Cielo nos cubre  
Un siglo luciente los pueblos tendrán.  
No mas disidencias de miseros seres,  
No mas egoismo veneno infernal,  
Las manos nos demos en signo de hermanos,  
Sigamos un rumbo en la era fatal.

Marchemos hermanos con paso arrogante,  
Siguiendo las huellas de viejos ilustres,  
Rompamos los grillos y alzemos triunfantes  
Los nobles pendones del pueblo veloz.  
¡Y ojalá podamos al Sol venidéro  
De Mayo abrazarnos, cantando en honor  
De Dios y la Pátria, un himno hechicero  
Que al mundo proclame su triunfo precoz!

V. S. Agosto 9.

## CAPITULO XXIV.

## AMOR PATERNAL: — AMOR A LA INFANCIA Y A LA JUVENTUD. (1)

Dar buenos ciudadanos á la patria, y á Dios almas dignas de él, he aquí tu misión si llegas á tener hijos. Misión sublime! — Aquel que la acepta y la desempeña mal es el mayor enemigo de Dios y de la Patria.

No diré cuales sean las virtudes de un padre; tu las poseerás todas si has sido buen hijo y buen esposo. Los malos padres siempre fueron hijos ingratos é indignos esposos.

Pero aun antes de tener sucesión y aun cuando nunca hayas de tenerla, adorna tu alma con el dulce afecto del amor paternal. Todo hombre debe alimentarlo en sí y manifestarlo á jóvenes y niños.

Trata con amor á esta parte tierna de la sociedad — trátala con sumo respeto.

Todo el que desprecia ó maltrata injustamente á la infancia, es un perverso. El hombre que no respeta escrupulosamente la inocencia de un niño, que no le aleja de lo malo, ni cuida que otros no se lo enseñen, que no procura inflammarlo en el amor á la virtud; puede ser causa de que aquel niño llegue á ser un monstruo. — Pero, á que emplear ineficaces palabras en vez de aquellas terribles y sacrosantas que pronunció el adorable amigo de los niños, el redentor? — "Y el que recibiere á un niño tal en mi nombre, á mí reciba. Y el que escandalizare á uno de estos pequesitos, que en mí creen, mejor le fuera que colgase á su cuello una piedra de molino... y le anegase en el profundo de la mar." (2)

Considera como hijos tuyos, á todos los que sean de inferior edad á la tuya y puedan por este motivo autorizarse con tus razones y palabras: trátalos con interés é indulgencia, pues son estos los medios mas eficaces para alejarlos del mal y alentarlos á lo bueno.

La infancia es por naturaleza inclinada á la imitación: si las personas que rodean á un niño son virtuosas, circunspectas y amables, el niño afánase por ser como ellas, lo será en la realidad. Si los adultos son irreligiosos, de ánimo bajo y mal intencionados, el niño será tan pésimo como ellos.

Muestrate bondoso aun con aquellos niños y jovencitos con quien solo una vez tengas ocasión de hablar; y dirigiéndoles entonces, si se te ocurre, alguna de estas pala-

(1) De los deberes del hombre de Silvio Pállico.

(2) San Mateo — Cap. XVIII. Traducción de Scio.

bras que llevan en sí el germen de mil virtudes. — Tal vez ella pueda llevarles del deseo de merecer la estima de los hombres de bien.

Si un joven de buenas esperanzas pone en ti su confianza, pórtate con él como un amigo generoso, ayúdalo con rectos y sabios consejos; nunca le adules; pero elogia sus laudables acciones alejándole con estereza de las malas.

Si ves que un joven con quien no tienes intimidad se precipita al vicio; no le desprecies, ya que tampoco tienes oportunidad para tenderle la mano y salvarlo. — Tal vez aquel joven que toma el mal camino, solo necesitaria de una voz, de una mirada para avergonzarse y volver al buen sendero.

Cuál será la educación moral que debas dar á tus hijos? — Acerca de esto nunca tendrás una idea cabal, si esa misma educación no la poses en sumo grado. Adquiere la y sabrás darla.

2

## CAPITULO XIX.

## HONOR DEBIDO A LA MUGER.

El cinismo vil y burion es el génio de los hombres vulgares; especie de Satanás siempre ocupada en calumniar al género humano para inducirlo á que se mofe de la virtud y la huella. El recoge cuanto hecho puede deshonrar al altar, y ocultando aquellos que desmentirian su proposito, exclama: "Dios, la benefica influencia del sacerdocio y de la insruccion religiosa, ¿qué son sino quimeras?" Recoge todos los hechos que desacreditan la política, exclama: "¿qué son las leyes, el orden social, el honor y el patriotismo, cuando todo es guerra entre la fuerza y la astucia de los que mandan y aspiran, y la imbecilidad de los que obedecen? Recoge los hechos que desdoran al celibato y al matrimonio, á la paternidad á la condicion de hijo de deudo y de amigo, y pregona con infame complacencia que todo esto solo es egoismo, embusto, furor de los sentidos, desamor reciproco y desprecio.

Y justamente el fruto de esta záfia é infernal filosofía es la impostura, el egoismo, el arrebató de los sentidos, el desamor y el desprecio reciproco.

¿Cómo, este génio torpe de la vulgaridad, que desacredita, no ha de ser enemigo señalado de la virtud de la muger, y empeñoso en envilecerla?

En todo siglo se afanó en pintarla abyecta, y en no reconocer en ella sino envidia, inconstancia, vanidad; en negarla el fuego sagrado de la amistad y la incorruptibilidad del amor. A toda muger de valía, la consideró como una raza.

Pero el instinto generoso de la humanidad protegió siempre á la muger. El cristianismo la realzó vedando la poligamia y los amores deshonestos, y mostrando como la primera de las criaturas humanas, despues del Hombre-Dios y superior á los ángeles y santos, á una muger.

La sociedad moderna, ha sentido el influjo de tan noble intencion. En el seno de la barbarie, la caballería se adornó con el bello culto del amor; y nosotros cristianos civilizados hijos de la caballería, solo reputamos por bien educado al hombre que acata al sexo de la mansedumbre, de las virtudes domésticas y de las gracias.

Mas no deja de existir aun en el mundo el antiguo adversario de los afectos generosos y de la muger. Y ojalá que solo tuviese secuneces entre las inteligencias sin cultivo y los talentos ínfimos! Pero á veces tambien deprava á aquellos que aunque dotados de lucido ingenio se hallan desnudos de religion, que es la única que puede santificar al hombre.

Ha habido filósofos (a-i se denominaban ellos mismos) que se manifestaban unas veces, ardentemente celosos por el bien de la humanidad, y otras, arrebatados de un espíritu irreligioso, sembraban escritos obscenos, y se empeñaban en excitar la embriaguez de los sentidos con poemas y novelas, con cuentos é invenciones de todo género.

Voltaire el mas seductor de los literatos, y cuya alma aunque dió muestras de buenas calidades estaba herida de pasiones bajas y de la desenfrenada mania de hacer reír, compuso un largo poema en desdoro del honor femenino, y en mofa de la mas sublime de las heroínas de su nacion, la magnanima é infeliz Juana de Arco — Con razon llama M. de Stiel, á este libro, *un delito de lesa patria*.

De en medio de hombres oscuros y de hombres célebres; de en medio de los autores contemporáneos y de los que ya no existen; del seno mismo de la deshonestidad de algunas mugeres indignas de su modesto sexo; de mil partes, en suma, se levantará muchas veces en derredor tuyo el mencionado génio de la vulgaridad diciéndote: — *Desprecia á las mugeres.*

Rechaza la infame tentacion; ó tú mismo, hijo de muger, te harás despreciabte. Sepárate del camino de aquellos que no honran en la muger la imagen de sus madres. Huella el libro que la degrada predicando licéncia y liviandad. Estimando dignamente á la muger, hasta acreedor á proteger á la que te dió la vida, á tus hermanas, y á aquella criatura que tal vez un día alcance el santo título de madre de tus hijos.

2

## LITERATURA ESPAÑOLA.

## CERVANTES JUZGADO POR M. VIARDOT.

Yo hablo aqui de las obras y no de los autores; no puedo contar la interesante historia de este hombre ilustre, uno de aquellos que pagaron con un continuo padecer los honores de una gloria póstuma. Miembro de una honrosa, aunque pobre familia; recibiendo una educacion

liberal, y reducido á la servidumbre por la miseria; pago, ayuda de cámara y por fin soldado; estropeado en la batalla de Lepanto; distinguiéndose en la toma de Túnez hecho prisionero por un corraio herbeisco; cautivo cinco años en los baños de Argel; rescatado por la caridad pública despues de algunos inútiles prodigios de audacia; é industria; recompensado por sus servicios con un magnífico empleo; acusado como Camoens, de mala fe; rsiencia los caudales públicos; puesto en prision y en seguida en libertad por prueba de su inocencia, en seguida aprisionado tambien en un lugar de la Mancha; vuelto á la miseria, al mismo tiempo que á la libertad; prendado de una muger noble, tierna y pobre como él; lamentando su angustia con la pesada carga de una familia; escribiendo comedias y otra clase de obras para ganar el pan; no sabiendo á que Mecenas dedicar sus obras; encontrando un público indiferente que no sabe ni apreciarlo ni comprenderlo, celosos rivales que lo ridiculizan y lo difaman, amigos envidiosos que lo traicionan; perseguido por la necesidad hasta los últimos momentos, abandonado por los grandes, olvidado de todos, y muriendo en fin en la pobreza y la pobreza; tal fué, durante su vida, Miguel de Cervantes Saavedra. Ocho Villas, despues de su muerte se disputaron el honor de haberle visto nacer; hoy se le eleva una estatua en el centro de Madrid, y el universo está lleno de su fama.

El primer libro que publicó (mas adelante hablaré de él, como autor Dramático) fué la Galatea; Romance pastoril, compuesto durante sus amores con doña Catalina de Palacios Salazar. En esta obra llena de sentimiento y sencillez, representa á la novia bajo el nombre de la heroína y el suyo bajo el de Elicio, y los otros pastores, Tirsis, Damon, Melino, Siraño, Saceró, Sarcillo, Artidoro, son otros escritores contemporáneos y conocidos suyos, Hurtado de Mendoza, Ercilla, Barahona de Soto, Pedro Lainez, Francisco de Figueron, Luis Galvez de Montañán, Andres Rey de Artieda. Florian, sucesor de Lesage ha hecho una imitacion libre de la Galatea; sus pastores se parecen á los Watteau y Boucher; á los pastores de la corte de Luis XV, con chaquetas y calzónes de tafetán, canastas, por vos en los cabellos, lunares en el rostro y nudos y cintas en las colas de los corderillos.

Despues de la Galatea, publicada en 1584, y mientras se ocupaba como empleado proveedor en proveer en Sevilla la *flota invencible*, Cervantes ampezó á escribir sus Novelas, cuya recopilacion se ha aumentado sucesivamente; pareció despues dada á luz la primer parte del D. Quijote. El las intituló *Novelas Ejemplares*, para distinguir las de los licenciosos é indecentes cuentos que se traducian del Italiano en aquella época y por que no hay ninguna como decia el mismo, de la cual no se saque algun útil ejemplo. Estas Novelas, incluso el *Coloquio de los perros*, *Cipion y Bengana* y la *Tia fingida* recientemente encontrada, componen el número de quince. Cervantes las ha dividido en *serias* y *jocosas*. Hay ocho de esta segunda especie, y siete de la primera, si se cuentan las dos que fueron intercaladas en el Quijote, á saber: *El Curioso Impertinente* y el *Cipitan*; *Cautiva*, donde está relatadas sus aventuras y las de su hermano, durante su cautividad en Africa. M. Florian que encuentra agradables las Novelas de Cervantes, le ha hecho el honor de arreglar dos en frances, una de ellas la ha titulado *Leso cedia* (*La fuerza de la Sangre*) y el *Diálogo de los Perros*. Precisamente las ha tratado como á D. Quijote, y es ver-

daderamente una lástima ver las obras de un gran género andazmente maltratadas, recortadas y mutiladas por un Florian. Como encontrar en las diez páginas frías y descoloridas de Leocadia, la relación nerviosa, tierna y patética de la *Fuerza de la Sangre*? Como encontrar en la insulsa conversación de Cipión y de Berganza, las delicadas burlas de las ridiculeces humanas, las lecciones de alta moralidad que fermentan entre los dos guardianes de la Resurrección? Las Novelas de Cervantes no han sido traducidas al francés sino en las infames versiones a principios del siglo XVII. Hay muchas, entre las jocosas, tal como el admirable cuadro de co-tumbres titulado *Rinconete y Cortadillo*, que tal vez es imposible el poderse trasladar a otro idioma. Pero sin embargo, escogiendo aquellas de mas facil version, se podría formar una agradable y útil Recopilacion de ellas.

En 1605 apareció la Primera Parte del *Quijote*: Cervantes, que escribió tarde, como Rosseau, tenía entonces 57 años y medio. La opinión mas comun es que él concibió el plan de esta obra y empezó á escribirla en los calabozos del Santo Oficio. Es necesario ser poco instruido para calumniar así á la Inquisición. Voltaire ha dicho antes que yo, la causa. En medio de todas sus desgracias, Cervantes tuvo la felicidad de no tener nada que hacer con ella. Si ha concebido el *Quijote* estando preso, es entre las cuatro paredes de una casa que aun hoy se muestra en Arganzilla de Albi, donde las autoridades del distrito lo tuvieron largo tiempo encerrado, sea por que les exigía el censo del Priorato ó por otras razones que no son del caso. Acordándose de este mal tratamiento es que él comienza el *Quijote* por estas palabras, que son una bien suave venganza—*En un lugar de la Mancha cuyo nombre no quiero recordar...*

Montesquieu hace decir á Rica: "Los españoles no tienen sino un libro bueno y este es el que ridiculiza todos los demas." Esta es una de aquellas graciosas burlitas que agradan por su misma exageracion, y que nuestros vecinos han hecho muy mal en echarla á las veras. Se han enojado en Francia porque Rita dice, terminando la misma Carta: "En París hay una casa donde ponen los locos..." Sin duda que los Franceses bastante desacreditados con sus vecinos, encierran en ella algunos locos, para persuadir que los que están fuera no lo son? Estas dos burlas segun me parecen, no se escuden mucho en el puzón. La definición de la obra del *Quijote* peca tanto por el elogio, como por la reprobación de los demas. Si ella no tuviera otro mérito que haber parodiado los libros de Caballería, no los hubiera sobrevivido; escrita su obra hubiera sido con los vencidos enterrado el vencedor. Es la crítica del *Amadis de Gaula*, del *Gigante Blanco*, de los *Kiris* lo que nosotros buscamos ahora? Sin duda Cervantes cuenta entre sus méritos el haber destruido este extravagante género de Literatura. Diez autores castellanos, Vivés, Vazquez, Mosca, Mula, Arias, Montano, Luis de Granada se habian pronunciado contra los libros de Caballería; pero ellos pudieron decir de Cervantes, lo que Buffon de Rosseau, hablando de las amas de leche: "Nosotros habíamos aconsejado la misma cosa; él solo la ha ordenado, se ha hecho obedecer." El *D. Quijote* es algunas que una crítica de los antiguos libros de Caballería y voy á indicar algunos de los varios pensamientos que tuvo el autor al escribir este libro.

Bien creo que al empezar su libro, Cervantes no tuvo otro objeto que atacar con las armas del ridiculo to la

Literatura Caballeresca; el lo dice en su Prólogo. Don Quijote no es mas que un loco, un loco completo, un loco de atar, y sobre todo de apalear, por que el pobre Hidalgo recibe mas golpes de hombes y bestias que las que pudiera soportar el espinazo de rocínante. Sancho Panza no es mas que un labrador tonto, mezclado, por interes y simplicidad en las travosuras de su amo. Pero esto dura poco. Cervantes no puede quedar entre la locura y la tontería; poco á poco toma interes por sus heroes, á los que él llama *hijos de su inteligencia*; bien pronto él les presta su juicio, su talento, haciendo entre ellos una parte igual y bien reglada. Al amo le da la razon elevada y estensa; hija de un espíritu sano, del estudio y de la reflexión; al criado, el instinto limitado, aunque seguro, el innato buen sentido comun, la rectitud natural, cuando no la desbarata el interes, que todo hombre puede recibir al nacer y que la comun experiencia es suficiente para hacer cultivar. D. Quijote no tiene mas que una parte del cerebro dañada; su mania es la de un hombre de bien á quien conmueve la injusticia, y exalta la virtud. Sueña en hacerse el campeón de la Fabula, el consolador de afligido, el terror del soberbio y del malvado. Por lo demas razona como es un gusto, diserta con elocuencia; *está hecho mas bien, como dice Sancho, para predicar, que para caballero andante.* Por su parte, Sancho ha despojado al viejo; es malicioso aunque sencillo; y lo es aunque grosero. Como D. Quijote no tiene mas que un grano de locura, él no tiene mas que un grano de credulidad, que justifica la inteligencia superior de su amo y el amor que le profesa.

Entonces comienza un espectáculo admirable. Se ven á estos dos hombres hechos inseparables como el alma y el cuerpo; esplicándose, razonando y disimulándose, reunidos con un fin, á la vez, noble y descaballado, practicando acciones locas y hablando con juicio, espuestos al escarnio de las gentes, cuando no á su rudeza, dando al diablo los ojos ó los disparates de los que los burlan ó maltatan, excitando la burla y la piedad del lector, después la mas viva simpatía, sabiendo enternecerlo como solazarlo, dándole á la vez entretenimientos y lecciones formando en fin por el contraste perpetuo de uno y otro, y de los dos con los demas, el inmutable contraste de un drama inmenso y siempre nuevo.

Es sobre todo en la segunda parte del *Quijote* donde se muestra á descubrirse el nuevo pensamiento del autor. No se trata de la valiente caballería sino lo suficiente para continuar la primera, porque el mismo plan general les reune y abraza. Pero no es únicamente una simple parodia de los Libros de Caballería; es un libro de filosofía práctica, una recopilacion de máximas, ó mas bien parábolas, una suave y juicosa crítica de la humanidad en general. Quien no ha pensado por ejemplo, al leer esta segunda parte, que Sancho, revestido del Gobierno de la Insula Barataria, habría reir mucho? Quien no ha creído que este Monarca improvisado haria mas locuras en su soto de justicia que D. Quijote en su penitencia de Serra-Morena? Se han engañado, y el gancho de Cervantes tenía otras miras mas altas que el entretenimiento del lector. El queria probar que esta ciencia tan decantada de gobernar los hombres, no es el secreto de una familia ó de una tribu, que es accesible á todos, y que es necesario para ejercerla bien, otras cualidades mas preciosas que el estudio de la política y el conocimiento de las leyes, el buen sentido y buenas intenciones. Sin dejar

su carácter, sin pasar la esfera de su espíritu, Sancho Panza juzgó y reinó como Salomon.

La segunda parte del *Quijote* apareció en 1615. Publicada con diez años de anticipacion la primera parte, Cervantes no pensaba continuarla. Entonces era moda no concluir las obras de imaginacion. Se acababa un libro, como Ariosto los Cantos de su Poema, en medio de las aventuras mas complicadas, en lo mas interesante de la accion. *El Lazarillo de Tormes* y *El Diablo Cojuelo* no tienen desenlace; la Galatea tampoco, aunque Florian le ha prestado uno de su invencion. El *Quijote* en caso de ser una sátira literaria debía quedar sin concluir. Y es con el proyecto que ha indicado, que Cervantes continuó su trabajo. Hé aquí porque las dos partes de la obra ofrecen una escepcion única en los anales de la Literatura: una segunda parte, hecha después, que no solamente iguala sino que sobrepasa la primera. Es que la ejecución no es inferior; que la idea principal es mas fecunda; mas grande; que ella pertenece á todas las épocas y paises. La nueva obra de Cervantes estaba ya muy adelantada, cuando, tomándole la delantera, un escritor que se ha ocultado bajo el nombre del Licenciado, Alonso Fernandez de Avellaneda, tuvo la impertinencia de publicar una miserable continuacion del primer D. Quijote, en la cual, semejante á los saltadores de caminos, ultraja audazmente á el autor primitivo, después de haberle robado el título y el argumento de su obra. Esta circunstancia hirió á Cervantes, que se apresuró á concluir la segunda parte, tanto que en los últimos capítulos se echa de ver esta precipitacion; y para que no faltase nada á la comparacion de ambas obras, contestó en el mismo texto á las groseras injurias de su plagiario, con los epigramas mas aticos y delicados. Pero á fin de quitar á los futuros Avellanedas el deseo de nuevas profanaciones, Cervantes condujo su heroé hasta el lecho de muerte. Recibió su testamento, su confesion y su último suspiro; lo enterra y hace su epitafio, y entonces puede exclamar poseido de un noble y justo orgullo: "Aquí quedamos colgada de esta espetera y de este hilo de alambre, ni sé si bien cortada ó mal tajada señala mia adonde viviras luengos siglos al presuntuosos y malandrines historiadores no te descuelgan para profanarte."

Ha escrito la parte historica del libro de Cervantes. por qué á que hacer su elogio? Quien no le ha leído, quien no lo ha admirado, quien no ha exclamado con Walter Scott que es la primera obra que haya concebido el espíritu humano? No se tiene siempre presente á ese D. Quijote, largo, delgado y grave, á Sancho gordo, corto y gracioso, á el ama de llaves de aquel y á la muger de este, y el Cura, y el Barbero Nieblas y el Bachiller Sanson Carrasco? Y todos los personajes de esta historia incluso el Rocinante y el Rucio, otra pareja de inseparables amigos? Puede uno o'vidarse como está concebido este libro, como está ejecutado? Puede haberse dejado de admirar la perfecta unidad del plan y la diversidad prodigiosa de los detalles y sucesos? esa imaginacion tan fecunda, tan prodiga que sacia la curiosidad del mas ávido lector? el arte infinito con el cual se suceden y enlazan los episodios que anima un interes siempre variado, siempre en aumento, y que sin embargo se deja sin disgusto por gozar del placer de hallarse solos con los dos heroes? su semejanza y contraste á la vez, las sentencias del amo, las afeas del criado, una gravedad jamás enfadosa, un juguete que nunca es futil, una alianza íntima y natural

entre lo burlesco y lo sublime, la risa y la emocion, el entretenimiento y la moralidad? En fin, puede alguno no haber sentido los encantos y las bellezas de ese lenguaje magnífico, armonioso, facil, salpicado de matices, tomando todos los tonos, ese estilo en el cual se hallan todos los estilos, desde la mas magestuosa elocuencia, hasta la mas familiar, la mas cómica, y que hace decir: *divinamente escrito, en language divino.*

Esta última satisfaccion solo pueden gozarla, las que tienen la felicidad de leer el *Quijote* en el original. Estos son raros fuera del pais de Cervantes. No estamos en tiempos en que el Español, era el idioma de las Cortes, de la política, de la literatura y del buen tono; el frances lo ha destronado. En cambio le es fiel á cada uno imaginarse que lee el *Quijote* trasportado á su idioma. Si ningún libro cuenta tantos lectores como este, ningun cuenta tantos traductores. Los ha encontrado en Holanda, en Suecia, en Dinamarca. En Alemania hombres como Tieck y Soltan que han hecho pasar al idioma vulgar la obra de Cervantes. En Inglaterra tiene diez traductores, desde Shelton hasta Phillips, á mas un comentador juicioso é inteligente como el Doctor Thon Bowle. De estas diez versiones, la de Smolet pasa por la mejor. En Francia el número es mas crecido aun; si se reunen todos los que aparecieron después de los bosquejos de Cesar Ouelir y de Rosset, contemporaneos del libro, hasta las dos traducciones hechas en el presente siglo. La que hizo Filleau de St. Martin á fines del siglo pasado, es la mas general y la mas célebre. En una traduccion que en 1819 agregó M. Auger, hace presente que el número de ediciones de esta sola edicion llega á cincuenta y una. Después es ha publicado otra mas. Este suceso tal vez único, no prueba otra cosa, que el mérito inmenso de la obra original, y la curiosidad, siempre viva y nueva que se transmite de generacion en generacion. A. M.

## CORRESPONDENCIA.

Sres. Redactores del *Iniciador*.

Supuesto que su acreditado periódico lleva el título de *todo y para todos*, creemos no tendrán inconveniente en dar cabida en sus columnas al siguiente programa de ensayos, que de las materias que estudian particularmente sus colegiales, intentan dar el día 26 del corriente sus muy atentos servidores Q. B. S. M.

Los PP. Escolapios.

## PROGRAMA.

Al dar principio los Directores de este colegio al cumplimiento sagrado de aquella obligacion que como buenos hijos deben á su protector y Padre San José de Calazans, de tributarle públicos honores, y respetuosos homenajes, han querido hacer participantes de ellos á todo el público, solemnizando el dia que la iglesia consagra á la memoria del bienhechor de la humanidad con una función pioliteraria. No una vana ambicion de captar aplausos, los ha

conducido á escogitar y poner en obra tan noble idea. Desde el primer día que tuvieron el honor de abrir las puertas de su colegio, se hicieron cargo de este sagrado deber; y creen haber llegado el día de principiar á cumplirlo. Y con que aparatos más magníficos podrían inaugurar esta solemnidad anual, que adornándola con un ensayo público de aquellas materias que particularmente se enseñan á los colegiales que están enteramente confiados á su dirección y cuidado? Las solemnidades de la humanidad deben decorarse con los trofeos de su perfección, y la solemnidad de un Santo, cuyas virtudes tuvieron por objeto la instrucción de la juventud, debe solemnizarse con funciones análogas. El público es acreedor á que se le muestre los adelantos de sus hijos, no en promesas ni en papeles que pueden quedar fallidas, y tal vez guardarse de fascinadoras, sino por obras de mérito sólido y real. Esta ha sido siempre la conducta de los Directores de este Colegio, mostrar siempre que sabían enseñar una cosa después de haber instruido en ella á sus discípulos: estudiar el carácter, capacidad, y génio de sus alumnos, sin perder jamás de vista el rango en que la sociedad los colocará en algún tiempo, es el primer deber. ó el primer estudio del maestro de la juventud, para aplicarle oportunamente sin lidiar contra la naturaleza las instrucciones necesarias. El hombre cuando nace, y en el progresivo desarrollo de sus potencias, anuncia de algún modo la misión que viene á desempeñar en el teatro de este mundo: de suerte que á un hombre familiarizado en el trato de los niños, no le es dificultoso el vaticinar la futura suerte de sus alumnos, por los rasgos característicos que cada uno de ellos le presenta. Dirigir pues las inclinaciones de los niños á un fin justo, reprimir sus pasiones, formar su voluntad, ilustrar su entendimiento, inspirarles amor y afición á las virtudes y á las letras, he aquí el secreto de la educación y la obligación que gravita sobre la responsabilidad de un preceptor. El invertir este orden sería destruir el de la naturaleza, y armar un guerrero de una pluma para defender á su patria, y á un médico de una espada para curar las enfermedades. Si los Directores Escuelas han sabido llenar ó no tan sagrada obligación, no toca á ellos mismos el juzgarlo ni decirlo, lo juzgará por ellos el público sensato; y todavía con más imparcialidad la posteridad recta apreciadora del verdadero mérito. Entre tanto lo único que pueden ellos asegurar sin temor de ser contradichos, es que nada han omitido de cuanto han conocido ser útil á la omnimoda instrucción de sus alumnos. Ellos nada han prometido, por que en educación nada se debe prometer en general; sus promesas son sus obras; y el galardón, si alguno merece, tanto esmero, es el testimonio de la propia conciencia. Cuando siete meses atrás presentamos las primeras muestras de nuestros trabajos escolares, no fué nuestro intento mendigar aplausos; ni ahora pretendemos alabanzas. Somos deudores á Dios y á los hombres: á estos como públicos profesores de enseñanza, y á aquel por ser Ministros de su santa religión, y Doctores de una juventud católica. Bajo este escudo y salvaguardia presentamos nuestros actuales ensayos. Decimos ensayos, para desvanecer toda idea de demasiado ventaja que pudiera formarse de ellos. Los frutos pues de estos ensayos serán pecuniarios á una porción de plantas que reclaman de la justicia mayor esmero y cuidado. Los que han de presentarse á los exámenes generales serán aquellos que producen las plantas del vergel.

El hombre á su ingreso en el mundo ha contraído un

deber sagrado con el autor de los seres, por serlo también del suyo; le pide una ofrenda justa, y esta ofrenda exige el conocimiento de aquel á quien se ofrece. Por eso es que no hemos escaseado el zelo, para dar á nuestros colegiales, á demás de las instrucciones, que á este respecto se dan en comun, conocimientos especiales, explicándoles y haciéndoles tomar de memoria el catecismo de Fleury, que es como la historia abreviada de la conducta y economía que observó Dios para darnos á su sacratísimo hijo, por redentor, por maestro, y por ejemplar nuestro. Y tanto más debíamos insistir en esto, cuanto que formando hombres para la sociedad, se hacía necesario introducir en la doctrina de este divino redentor contenida en el Evangelio, que es donde se hallan aplicadas y sancionadas todas las virtudes sociales.

Sabemos que no se llena con esto solo la misión del hombre en el mundo. Tiene relaciones con sus semejantes, y con todo lo que le rodea, y es indispensable que las conozca, por que de su conocimiento han de tomar su rectitud muchas de sus pasiones. Por eso es, que además del conocimiento de la religión debe volver los ojos á que semejan es, al mundo que habita, á los objetos que recorren la inmensidad del espacio, y miden el tiempo de la duración de los seres; debe considerar que vive entre dos generaciones, la que acabó, y la que se levanta, á su descendencia; que tiene vinculos con una y otra que no pueden serle indiferentes y esta es la razón por que la Geografía, la Etimología, y la Cronología debían obtener un puesto muy privilegiado entre las tareas literarias de nuestros discípulos. Por la geografía les enseñamos á conocer la estension y situación de las partes que llenan la superficie de nuestro globo, y los preparamos á conocer los lugares, á que están unidos recuerdos históricos; por la etimología, los instruimos en los fenómenos que observamos diariamente, y los disponemos á arrancar á los ciegos el secreto de sus movimientos admirables, que todavía les sería imposible comprender; por la cronología, los habituamos á unir los tiempos á fin de poder en adelante hacerles accesible la idea del progreso de nuestra especie, cuyas perfecciones físicas y aun morales, se las hacemos reunir y copiar en el dibujo. La necesidad de vivir y tratar con los demás, exigía de nosotros instruirlos en aquellas leyes que dan un buen lugar en la sociedad. Así es que la urbanidad debía obtener un lugar muy privilegiado en nuestro colegio. El comercio y la literatura tienen grandes temores encerrados en la lengua francesa y no hemos privado de ellos á nuestros alumnos, aplicándolos á explicar esta mina cuando los hallabamos capaces. Y aunque la lengua griega no presenta á primera vista tantas utilidades, Homero, Platon, y Pindaro son bastante grandes y bastante célebres para no resarcirnos con usura del tiempo que invertimos en el estudio de su lengua; á la que por tanto hemos dirigido á algunos que ya podían dedicarse á ella sin menoscabo de su tarea principal.

He aquí un ligero bosquejo de los ensayos que ahora presentamos; no se verán en ellos conocimientos profundos, por que es escusado dárselos á niños, y tambien por que siendo el fruto de estudios hechos en los tiempos que á los discípulos les dejaban sus estudios principales, no pueden ser más estensos. No obstante, el que guste ver lo que los niños han trabajado, puede concurrir á la sala de este colegio donde se harán el día 20 del que corre, las 10 de la mañana, ó ver el análisis y orden de ellos que se dará en el papel del convite.